

EL JUEZ, SU SEÑORÍA
(drama en tres actos)

Javier Rey de Sola

PERSONAJES:

EL JUEZ

ADELA, su mujer

CLARA, amiga de ella

MARTINA, criada de la casa

EZEQUIEL, secretario, factótum y hombre de
confianza del magistrado.

CHANTAJISTA

ACTO PRIMERO

(Interior. Salón, con buenos y modernos muebles, cuadros de firma, decoración a tono. Televisión y mesita con teléfono. Puertas a conveniencia para las entradas y salidas. Una, que conduciría hacia la calle; y otra, al interior de la casa. Extendida a lo largo en el sofá, con un libro en el regazo, ADELA, la mujer del JUEZ. Le cuesta concentrarse en la lectura. Unos cuarenta y cinco años, demacrada y aire tenso. Entra de la calle el JUEZ. Trajeado, seguro y con empaque. Lleva un maletín que arroja en cualquier parte. Época actual.)

ADELA: *(Esforzándose en parecer animosa.)*
¡Anselmo!

JUEZ: Hola, querida. *(Se inclina y la besa en la mejilla.)*

ADELA: ¿Cómo te ha ido el día? Se te ve cansado.

JUEZ: Tengo que salir otra vez.

ADELA: ¿Otra vez? Si acabas de llegar...

JUEZ: No tengo más remedio. Han venido unos colegas de provincias y me toca hacerles los honores.

ADELA: *(Intentando que no suene a reproche.)* Casi todas las noches, por uno u otro motivo...

JUEZ: Son relaciones de trabajo, Adela.

ADELA: Si lo entiendo. Pero me gustaría que te quedaras aquí conmigo, escuchando música. Como antes...

JUEZ: Ya me gustaría. *(Un poco infatuado. Se afloja la corbata.)* Endiablada profesión. Si lo hubiera sabido cuando empecé. Casi preferiría picar piedra. Al menos, descansaría por las noches. *(Pulsa un timbre. Aparece MARTINA, la criada. Joven, atractiva, buena figura.)* Algo de comer, rápido, cualquier cosa. *(La criada sale. El JUEZ se prepara un whisky a palo seco y, acto seguido, se derrumba en un sillón.)*

ADELA: ¿Qué es de Ezequiel? Se me hace raro verte sin él.

JUEZ: Mi sombra, ¿verdad? La de veces que me lo habrás dicho y tienes razón. Vendrá en seguida.

ADELA: Nunca me ha gustado. Y últimamente, menos.

JUEZ: Ya habrías tenido tiempo de acostumbrarte. ¿Cuánto lleva a mi lado...? *(Hace un inútil gesto de recuento.)* Tampoco a mí me entusiasma. Es cualquier

cosa, menos simpático. Pero me resuelve un montón de problemas. Qué haría sin él.

(Entra MARTINA. Deposita una bandeja junto al JUEZ y se va. Éste da un bocado.)

ADELA: No soporto cómo me mira.

JUEZ: ¿Ezequiel? ¿Y cómo te mira?

ADELA: No sé... Con insolencia.

JUEZ: Lo peor que tiene no es su mirada, créeme.

ADELA: Antes no te era tan necesario. Ahora te resulta imprescindible.

JUEZ: *(Con retintín e impaciencia.)* Antes no tenía el volumen de trabajo que ahora tengo. Antes no era el superfamoso juez, y bien que lo lamento, en quien recaen todos los sumarios delicados del país. Si enchufas ese aparato *(señala la televisión)*, aparezco yo subiendo o bajando las escaleras de la Audiencia. La misma imagen, todos los días. Prácticamente, a cualquier hora. El juez Sepúlveda por aquí, el juez Sepúlveda por allá. ¿Crees que me gusta? No tengo culpa, o quizá sí la tenga, de haberme convertido en lo que soy. Y en cuanto a Ezequiel... Bueno, es mi secretario. Mi hombre para todo. Llega a donde yo no llego, ni llegaría aunque pudiese. ¡Hasta conduce el coche! *(Sarcástico.)* Mira, el otro día hasta le cambió una rueda.

En un santiamén. ¡Ni siquiera se manchó las manos! (*Finge sorpresa.*) ¿No tendrás celos de él? ¿No estarás pensando cosas raras?

ADELA: (*Se sienta normalmente. Deja el libro.*) No seas ridículo. Pero hay algo en su forma de dirigirse a mí...

JUEZ: Tonterías. (*Se limpia con la servilleta.*) No puedo imaginar a nadie tan educado.

ADELA: No lo discuto. Pero...

JUEZ: Nada de peros. (*Con animación.*) ¿Sabes? Necesitas distraerte. Pasea. Vete al cine. O a bailar. Siempre te ha gustado. Por cierto, ¿dónde está Clara?

ADELA: En su habitación.

JUEZ: Sois buenas amigas. Está pasando unos días con nosotros. Me pareció una idea excelente que viniera. Pero la tengo que reñir. ¡Dejarte sola!

ADELA: Hemos pasado el día juntas.

JUEZ: Créeme, Adela. Si pudiera, que no puedo, me quedaría contigo esta noche. Todas las noches. Pero tengo que acompañar a esos memos a tomar una copa. Llevo ahora mismo el sumario más explosivo de toda mi carrera, lo sabes. Lo último que necesito es que me vean preocupado.

ADELA: ¿Lo estás?

JUEZ: Naturalmente. Parece mentira que me lo preguntes. (*Suspira.*) No faltará un fotógrafo, te lo aseguro.

Me siguen a todas partes. Poco más y me los encuentro hasta en el baño. Mañana, ya lo verás, mi retrato en el periódico en primera plana. *(Desplegando un imaginario titular.)* “El juez Sepúlveda se relaja en compañía de unos amigos”. *(Con unción.)* Cuanto esto haya acabado, cuanto termine...

ADELA: ¿Terminará algún día?

(Entra CLARA. Misma edad que ADELA, pero mejor conservada y desenvuelta.)

CLARA: ¿Interrumpo?

JUEZ: Precisamente, hablábamos de ti.

CLARA: Espero que no muy mal.

JUEZ: Fatal. ¿Qué es eso de dejar sola a Adela? Está un poco deprimida.

ADELA: No estoy deprimida.

JUEZ: *(Sin hacerla caso. A CLARA.)* Quiero que la lleves a bailar.

CLARA: ¿A bailar?

JUEZ: Esta noche, sí.

CLARA: Anselmo, estás loco. Veremos una película y nos iremos a dormir.

JUEZ: *(Chancero.)* Eres una aburrida.

CLARA: Y tú, un adicto al trabajo. Quédate con nosotras.

JUEZ: No puedo.

CLARA: Pues, hale, vete y mete en la cárcel a todo el mundo. Es lo que se te da bien.

JUEZ: *(Riendo.)* Tú serías un juez implacable.

CLARA: Ya lo creo. *(A su amiga.)* Te has casado con un hombre imposible, que vive sólo para su trabajo. Yo, en tu caso, me divorciaría.

JUEZ: *(Que sigue la broma.)* ¡Gracias! De haber sabido que darías esos consejos, no te habría dejado venir.

CLARA: Pues te aguantas. *(En falsete.)* No crea que le aguardaremos levantadas, señor juez. *(A su amiga.)* Dile a tu horrible marido que se vaya. Yo no me digno hablar con él. *(Le da la espalda cruzándose de brazos. Pero la desolada expresión de ADELA la induce a abandonar la pantomima.)* Perdóname, Adela. *(Se sienta junto a ella, le pasa el brazo por los hombros.)* Yo, aquí, diciendo tonterías...

ADELA: *(Dándole golpecitos en la mano que sobresale de su hombro.)* No tengo nada que perdonarte. Lo que siento es no ser una compañía demasiado entretenida.

CLARA: No he venido a divertirme, sino a estar contigo.

JUEZ: *(Severo. A su mujer.)* Podrías, al menos...

CLARA: *(Interrumpiéndole.)* Calla, Anselmo. Entre nosotras no hacen falta explicaciones. *(Volviendo insensiblemente al tono frívolo.)* ¿Te ha contado Adela cuando nos escapábamos del colegio, y bajábamos a las fiestas?

JUEZ: *(Con paciencia.)* Más o menos.

CLARA: *(A ADELA. Con fingido escándalo.)* ¡No le habrás contado...! *(Le susurra algo al oído. Ambas ríen.)*
Un marido no debe saber esas cosas.

(Timbre de la puerta. MARTINA cruza la estancia para abrir.)

JUEZ: *(Poniéndose en pie.)* Ezequiel... *(Se ajusta la corbata.)* Podéis seguir recordando vuestras tremendas aventuras.

(Entra EZEQUIEL. Algo más joven que los presentes. Bien parecido, aire insolente.)

EZEQUIEL: Buenas noches. *(Al JUEZ.)* El coche está abajo.

JUEZ: No era necesario que subieras. (A ellas.)
Pasadlo bien. (Antes de abandonar el salón.) Ah, no me despellejéis mucho...

(CLARA arruga la nariz y le saca la punta de la lengua. Salen.)

CLARA: No te lo he querido decir, pero llevas todo el día muy inquieta.

ADELA: Hoy he vuelto a recordar. (Mirando alrededor con aprensión.) Es difícil olvidar que esta casa fue asaltada, que me retuvieron durante horas... No me siento segura desde entonces.

CLARA: Tuvo que ser una experiencia terrible. No sufriste daño, es lo importante. Lástima que salieran libres sus autores... (Animándola.) Tu marido hizo lo que pudo.

ADELA: (Neutra.) Sí, hizo lo que pudo.

CLARA: (Abstraída.) Pobre Anselmo...

ADELA: ¿Pobre? ¿Por qué?

CLARA: Se siente culpable. Y ahora, con este sumario... Intenta abarcar más de lo que nadie podría. Parece que es el único juez que existe en todo el mundo. ¿Dónde se esconden los demás? ¡Y tanta publicidad que le están dando!

ADELA: A Anselmo le encanta estar bajo los focos.

CLARA: (*Tolerante.*) Quizá sea una forma de llamar la atención.

ADELA: (*La mira con fijeza.*) Piensas que no le apoyo lo bastante.

CLARA: No es eso. Pero a los hombres todo el caso que les hagas les parece poco. Se sienten abandonados con tanta facilidad...

ADELA: ¿Qué sabes tú de eso? Nunca te has casado.

CLARA: No hace falta estar casada para saberlo. Deberías mimarle un poquitín.

ADELA: Lo último que haré con mi marido es halagarle.

CLARA: Creo que no conoces a los hombres.

ADELA: (*Con viveza.*) Y tú los conoces demasiado.

(*CLARA acusa el golpe. Herida, queda en silencio.*)

ADELA: Perdóname. No he querido decir...

CLARA: (*Se fuerza a sonreír.*) Lo tengo merecido. Me he metido donde no debía.

ADELA: Lo has hecho con buena intención. Pero hay cosas, entre marido y mujer, que no pueden entenderse desde fuera.

CLARA: (*Despacio, con cautela.*) Ayer por la tarde, salí a dar un paseo. No me quisiste acompañar.

ADELA: Tenía jaqueca. Te lo dije.

CLARA: Me encontré con Anselmo.

ADELA: ¿Con Anselmo? No me lo contaste...

CLARA: Me invitó a una copa. *(Una pausa.)* Teme un atentado.

ADELA: *(Con auténtica sorpresa.)* ¿Un atentado? Qué absurdo. Me lo habría dicho.

CLARA: No quiere preocuparte. Ezequiel le ha dicho que extreme las precauciones. Le ha llegado algún informe preocupante. Por eso, ha subido a buscarle. No le quiere perder de vista ni un segundo. Anselmo no se siente seguro del terreno que pisa. ¡El puñetero sumario de los cojones!

ADELA: *(Entre escandalizada y divertida.)* ¡Clara!

CLARA: Aunque está dispuesto a llegar hasta el final. Tiene enfrente a enemigos poderosos. Sufre presiones que no sabe muy bien de dónde vienen.

ADELA: *(Tras una pausa.)* ¿Y qué más dio de sí esa conversación?

CLARA: Eso fue todo. No te he contado nada por tus nervios.

ADELA: *(Alterada.)* ¡Mis nervios! ¿También hablasteis de ellos? *(Se domina.)* Vale, de acuerdo. No me encuentro en mi mejor momento... *(La agarra cariñosamente de las manos.)* ¡Te agradezco tanto que vinieras! No tengo a

nadie con quien hablar. Veo más a mi marido por ese trasto (*señala la televisión*) que en persona. (*Pausa. Con intención.*) ¿Qué piensas de Ezequiel?

CLARA: ¿Ezequiel?

ADELA: Te pregunto que si te gusta.

CLARA: No sabría decirte.

ADELA: A mí, ni pizca. Se lo he dicho a Anselmo, pero no me hace caso. (*Suspira.*) Aunque, por lo visto, le resulta necesario. Más que yo.

CLARA: (*Festiva.*) Ay, Adelita, me parece que estás celosa.

ADELA: Algo parecido me ha dicho Anselmo. (*Con desconfianza.*) Parecería que lo habéis comentado...

CLARA: (*Disgustada.*) Adela...

ADELA: Perdóname. No quiero insinuar nada. Pero... pero... (*Se estremece, su rostro se crispa. Con gran esfuerzo.*) Estoy recibiendo anónimos...

CLARA: ¿Que estás qué?

ADELA: Recibiendo anónimos. (*Crispada.*) Sabrás lo que son, ¿no? Cada mañana, en el correo...

CLARA: (*Completamente atónita.*) ¡Anónimos! ¿Y qué dicen?

ADELA: ¿Recuerdas el pleito de la cadena de televisión, hace unos meses?

CLARA: Vagamente...

ADELA: No sería tan importante como el que lleva ahora, pero suscitó bastante interés. Anselmo fue quien dictó sentencia...

CLARA: Y qué.

ADELA: Tenía preparado otro fallo. Siempre lo hace de su puño y letra y luego se lo entrega a Ezequiel para que lo corrija y lo pase a ordenador. Yo... yo leí la sentencia inicial, la que él había redactado. Estaba en su escritorio. Condenaba a los propietarios de la cadena. Habrían tenido que pagar muchísimo dinero. La sentencia definitiva fue exactamente la contraria.

CLARA: Anselmo haría un borrador inicial en un sentido. Y luego, estudiando mejor las pruebas...

ADELA: Clara, sé perfectamente lo que digo. El propio Anselmo me lo comentó por encima. Lo malo es que también otros lo saben.

CLARA: ¿Y tú qué pintas en ello?

ADELA: Lo que pinta una esposa. Mucho o nada. El caso es que me están haciendo chantaje.

CLARA: ¡Chantaje! ¿Y por qué a ti?

ADELA: ¡Yo qué sé! O pago, o le van con el cuento a los periódicos.

CLARA: ¿Pero por qué no se dirigen a él?

ADELA: ¡Te repito que lo ignoro! Ésta fue una de las razones por las que me gustó tanto que vinieras. Quería

contártelo. He dudado muchísimo... Cada noche, al acostarme, me prometía que te lo diría al día siguiente. Pero llegaba la mañana y me faltaba el valor. Ahora ya no soy la única en saberlo. Me siento más aliviada.

CLARA: (*Impactada.*) ¿Has pagado ya?

ADELA: Espero instrucciones. Me llamarán esta noche. Dentro de un rato.

CLARA: ¡Ni se te ocurra pagar!

ADELA: No tengo otro remedio.

CLARA: ¡Cometerías un error! Tienes que sincerarte con Anselmo. Al fin y al cabo, es cuestión suya. ¡Y es tu marido!

ADELA: Mi marido... Qué ingenua eres, Clara. No tienes ni idea de lo que es el matrimonio.

CLARA: Lo único que sé es que debe basarse en el amor y confianza.

ADELA: (*A pesar de todo, divertida.*) Y romántica. Ahora me explico por qué no te has casado. No has encontrado a ningún hombre a la altura de tu ideal.

CLARA: (*Con fugaz melancolía.*) Qué sabrás... (*Reaccionando.*) Insisto en que se lo tienes que contar a Anselmo.

ADELA: De ninguna manera. Pagaré.

CLARA: Los chantajistas jamás sueltan su presa. Te pedirán más y más...

ADELA: *(Terca.)* Me han asegurado que, en cuanto les dé lo que me piden, me dejarán tranquila.

CLARA: ¡Y tú te lo has creído! *(Enfocándolo desde otro ángulo.)* A ver, qué pruebas tienes de que Anselmo... Porque un borrador de sentencia en su escritorio... Podría estar escribiendo una novela.

ADELA: *(Con calma.)* Me enseñaron fotografías. Anselmo con Fulano. Anselmo con Mengano. Los directivos de la cadena demandada. ¿Qué crees que diría la opinión pública de ver las fotos? Voy a pagar y basta. Son profesionales. No volverán a molestarme. *(Consulta su reloj, zanjando el tema.)* Me llamarán dentro de unos minutos.

CLARA: Adelita, me gustaría que siguieras mi consejo.

ADELA: Te lo agradezco, pero no puedo.

CLARA: *(Intentándolo, a pesar de todo.)* Recuerdo cuando venías a mi casa. Vivían mis padres, y lo bien que lo pasábamos. Las confidencias que nos hacíamos en el porche, ante la playa, los proyectos... No es posible que esté ocurriendo esto. *(Animada.)* Mira, yo le hablo a Anselmo. A él le corresponde resolverlo. Tiene los medios, se enfrentará a esos... esos desalmados. Tú sola, ¿qué puedes hacer?

(ADELA rompe a llorar con desconsuelo.)

CLARA: (*Acogiéndola en sus brazos.*) ¡Adela! Queridita... Estás verdaderamente mal... Nunca te he visto así... Necesitas... necesitas que te vea un médico... (*Le da consoladores golpecitos en la espalda.*) Lloro, llora lo que quieras... Te aliviaré. Le diré a Anselmo...

ADELA: (*Apartándose con violencia.*) ¡No le dirás nada!

CLARA: Él podrá...

ADELA: ¡Te prohíbo que le digas nada! (*Secándose aprisa las lágrimas.*) ¿Sabes cuál ha sido de siempre mi temor? Convertirme en una esposa aprensiva, llena de zozobras y achaques imaginarios, y quejándome por todo. Al final, mis temores se han convertido en realidad...

CLARA: Eres encantadora y Anselmo te quiere. (*Bromeando.*) He intentado coquetear con él, pero... ¡nada! Completamente insensible a mis encantos. Y sé positivamente que todavía los conservo. Me desespera tu marido. Hace que me considere vieja y fea.

ADELA: (*Más entera. Acariciándola.*) Qué buena eres.

CLARA: Ay, hija. Cada vez más virtuosa y por desgracia. Los años no pasan en vano. (*En pie.*) Voy a poner música. (*Se aproxima a la cadena, seleccionando una melodía que comienza a sonar.*) ¡Adelita, a bailar!

(ADELA se hace de rogar, pero su amiga extiende sus brazos y la obliga a acompañarla. Ríen ambas, siguiendo el ritmo de la música. Al finalizar la pieza, ADELA se vuelve a sentar en el sofá, más relajada.)

CLARA: (Corta la música.) ¿Ves? Te hace falta mover el esqueleto. (Levanta un dedo fingidamente admonitorio.) Mañana, sin falta, a bailar. No faltarán un par de caballeros que nos hagan compañía. ¿Prometido?

ADELA: Prometido. (Se pone seria. Mira de nuevo su reloj.) ¿Me dejarás ahora que espere esa llamada?

CLARA: La esperaré contigo.

ADELA: Quiero estar sola.

CLARA: (Infantil.) ¡Por favor...!

ADELA: Si no te vas, hablo desde mi habitación.

CLARA: (Resignada.) Como quieras. (Indecisa.) Luego me cuentas.

ADELA: De acuerdo. Pero no aparezcas hasta que te llame.

CLARA: (Camina hacia la puerta que lleva al interior. Sin terminar de irse.) Y mañana, además, muy tempranito, salimos a desayunar por ahí. Luego, de compras. Comemos en cualquier sitio, venimos a descansar un poquito y volvemos a salir a destrozar algunos corazones. No se admiten negativas. ¿De acuerdo...?

ADELA: *(Sonriente.)* De acuerdo. Pero ¿te vas ya?

(La otra sale. ADELA pulsa el timbre y aparece MARTINA.)

MARTINA: ¿Señora...?

ADELA: Puedes retirarse. No voy a necesitarte. Que descanses.

MARTINA: ¿Dejo algo preparado para el señor?

ADELA: Cenará por ahí.

MARTINA: Buenas noches, señora.

ADELA: Buenas noches.

(Se va MARTINA. ADELA aguza el oído, comprobando que el silencio se ha adueñado de la casa. Se levanta del sofá y toma asiento junto a la mesita del teléfono. Mira su reloj y, justo en ese instante, repiquetea el aparato. Apenas suena, lo descuelga.)

ADELA: *(Tensa.)* ¿Es usted...? Tengo... tengo el dinero... Me ha costado, pero... Me dirá usted cuándo...

(Asustada.) ¡No, no, de ninguna manera...! ¡Jamás!

(Escucha y termina cediendo.) De acuerdo, como quiera...

Yo misma abriré... No es necesario que llame... Estaré atenta... *(Cuelga.)*

(Queda aturdida, pero en seguida se recobra. Se pone en pie y matiza las luces del salón, creando una discreta penumbra. Acto seguido, tras mirar con recelo la puerta que conduce al interior, se dirige hacia la que da a la calle. Desaparece brevemente de escena, volviendo a entrar precediendo a un individuo de edad incierta y desaliñado aspecto. Lleva gabardina y un cigarrillo a medio consumir en la comisura de la boca. Porta un bulto bajo el brazo.)

ADELA: *(Aprensiva.)* Por favor, no haga ruido...

CHANTAJISTA: *(Desconfiado.)* ¿No está sola?

ADELA: Baje la voz, se lo ruego. La criada y una amiga se han ido a la cama... *(Con ansiedad.)* Preferiría que no fumase... *(El otro hace caso omiso.)* ¿Le ha visto subir alguien?

CHANTAJISTA: ¿Le preocupa?

ADELA: Claro que sí.

CHANTAJISTA: Llevo un rato en el café de enfrente, pero puede estar tranquila. Nadie me relacionará con esta casa. *(Echa una mirada alrededor.)* Bonito lugar. Y muy acogedor. Ya me gustaría a mí vivir aquí. *(Expele una bocanada de humo.)*

ADELA: Vuelvo a pedirle que no fume.

CHANTAJISTA: Ah, claro. Disculpe. Luego queda el olor, ¿eh? *(Apaga el cigarrillo. Contempla a la mujer con descaro.)* Debo decirle que en persona gana.

ADELA: ¡Cállese! ¿Ha traído...?

CHANTAJISTA: *(Señala el bulto que lleva y toma asiento.)* ¿Tiene el dinero?

(ADELA se dirige a una estantería, de donde extrae un sobre. Se lo entrega.)

ADELA: Puede contarlo.

CHANTAJISTA: Me fio. *(Se lo guarda.)* ¿Qué sería de los negocios sin confianza? *(Le entrega a su vez el paquete, que ella aprieta contra el pecho.)* ¿Sabe? Llegué a temer que se dejara llevar por el pánico y se lo contara a su marido. Pero luego me dije: no, ésta es una mujer sensata, que querrá preservar la paz de su hogar. Demasiado tiene su atareado consorte, nuestro pobre y admirado juez, con cargar sobre sus espaldas sus propios problemas. Entonces dejé de preocuparme. ¿Querrá creermelo?

ADELA: Váyase. Recuerde su palabra de no volver a molestarme.

CHANTAJISTA: *(Levantándose. Con falso pesar.)* Ni siquiera me ha ofrecido una copa. Quizá en otra ocasión...

(ADELA le precede con decisión a la salida. Desaparecen y ella vuelve. Toma asiento, inconscientemente alejada del sitio que ocupó el otro, y rasga con nerviosismo el paquete. Revisa veloz el contenido, crecientemente ansiosa. No parece que fuera lo que esperaba.)

ADELA: (Desencajada.) ¡Dios mío, no es posible...! ¡Qué sinvergüenza! (Se lleva las manos a la cara, mira la puerta por donde desapareció el otro y deduce que ya es tarde para alcanzarle. Vuelve al teléfono y pulsa el botón de la agenda, hasta dar con el último número, presumiblemente un móvil.) ¡Usted...! ¡Me ha engañado...! ¡No, se equivoca, no quedamos en eso...! ¡Haga el favor de volver y traerme...! ¡Es usted un miserable...! ¡No pagaré más, no...! Que sea lo que Dios quiera... (Se contradice.) ¡No, escuche...! Pagaré... ¡Sí, sí, haré lo que me diga...! ¡Dios mío! ¿De dónde voy a sacar...? Ahora mismo no dispongo de tanto... ¡Deme tiempo...! Unos días... Buscaré... No sé cómo lo voy a conseguir, pero tendrá usted su dinero... (Colérica.) Pero esta vez, me voy a asegurar... Entiendo... ¡No, no llame! Le llamaré yo... (Cuelga.)

(Estupefacta, vencida, aniquilada, no se da cuenta de que la puerta por donde desapareció CLARA se entreabre. Aparece ésta.)

CLARA: *(Adentrándose en el salón.)* ¡Adelita! *(La amiga se sobresalta.)* Qué mal te veo... Te acabo de escuchar, lo siento... No he podido evitarlo. Aborrezco decir que ya te lo avisé. Con un chantajista no se puede negociar. *(ADELA se derrumba en sus brazos. Llorra convulsamente, mientras aquélla intenta consolarla.)* O lo matas, y tú, pobrecilla, cómo vas a hacerlo, o pasas olímpicamente de sus amenazas, afrontando las consecuencias. No voy a permitir que sigas así. Se lo tienes que contar a Anselmo. *(Con dureza.)* En definitiva, estás así por él. Si no se lo cuentas tú, lo haré yo...

ADELA. *(Se aparta. Desesperada, con violencia.)* ¡No, no le dirás nada...!

CLARA: Pero ¿no te das cuenta de que no queda otro remedio?

ADELA. Sí queda otro remedio. Puedo irme de su lado...

CLARA: No te entiendo... ¿De qué estás hablando?

ADELA: *(Recuperando el dominio.)* Te he mentado, Clara. No te he contado la verdad.

Lo que has oído es, en realidad, una sarta de mentiras.

CLARA: (*Apenada.*) Adelita...

ADELA: Tienes todo el derecho a odiarme y despreciarme. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

CLARA: ¿Cómo te voy a odiar, tontina? Hicieras lo que hicieras... aunque hicieras... yo qué sé... lo peor de lo peor. Mira, ahora me lo vas a contar todo de arriba abajo, sin dejarte ni una coma. Sólo así te podré ayudar.

ADELA: No me puede ayudar nadie.

CLARA: Cuéntamelo y seremos dos a buscar una salida. No puede ser tan grave. ¿Qué has podido hacer tú, criatura, que sea tan terrible? Vamos, mírame. (*La otra se resiste.*) Soy tu amiga. Puedes confiar en mí, lo sabes.

(*ADELA parpadea. Se seca las lágrimas con un pañuelo.*)

CLARA: Eso está mejor. Ahora me vas a contar toda la historia, de pe a pa.

ADELA: (*Tímida.*) ¡Me da tanta vergüenza! Vas a pensar...

CLARA: (*Con ternura.*) Lo que pienso es que eres tonta de remate. (*Tanteando.*) Es un hombre, ¿verdad?

ADELA: (*Sorprendida.*) Un hombre, sí. ¿Cómo lo has sabido?

CLARA: Ay, hija mía, llevo tanto corrido por mi cuenta...

ADELA: En realidad, no pasó nada...

CLARA: (*Animándola.*) Y aunque hubiera pasado.

ADELA: Me gustaría tener tu aplomo, tu frescura... Perdona, no quiero insinuar...

CLARA: Ya lo sé. Continúa.

ADELA: (*Con dificultad.*) Anselmo trabaja tantísimo... Tú misma lo has podido comprobar. Se ha convertido en esa horrible conciencia ciudadana que no le deja sitio para nada. Antes, mucho antes, casi ni me acuerdo, era distinto... Por las noches, nos quedábamos en casa escuchando alguna grabación o viendo una película. Luego, poco a poco, comenzó a traerse trabajo de la Audiencia. Nuestras veladas hogareñas comenzaron a espaciarse. Llegaba, picaba a toda prisa algo y se encerraba en su despacho hasta las tantas. Al principio, intenté acompañarle mientras trabajaba. Me sentaba a su lado y leía. Pero me di cuenta de que no le gustaba y dejé de hacerlo. Luego decidió que trabajaba mejor en el Juzgado. Apenas le veía durante semanas enteras, sábados y domingos incluidos...

CLARA: (*Sin creérselo.*) No tendrá una amante...

ADELA: Sé que no. Es amigo íntimo del rey, lo sabes...

CLARA: Ay, chica, qué emoción. ¿Tú le conoces?

ADELA: Le he saludado un par de veces. Es muy campechano.

CLARA: *(Con segundas.)* ¿Cómo de campechano?

ADELA: *(Reprobadora.)* Clara...

CLARA: *(Pone burlona los ojos en blanco.)* Me lo tienes que presentar.

ADELA: *(En igual tono.)* Sí, mañana mismo... Pues desde que se ha hecho íntimo, todavía peor, si cabe. Van de caza juntos. No sólo aquí, al extranjero...

CLARA: *(Maliciosa.)* Dicen que es la primera escopeta del país.

ADELA: No es lo que dice Anselmo. Más bien es... *(Dándose cuenta de la intención.)* Clara, intento hablar en serio.

CLARA: Perdona...

ADELA: Una noche, de las pocas que vino Anselmo, trajo a cenar a un compañero de provincias...

CLARA: *(Adivinando.)* Ay, Adela...

ADELA: No me preguntes quién era, porque no te lo voy a decir. La cena fue agradable, charlamos y reímos. Hacía bastante que no lo pasaba tan bien. Yo, lo reconozco, estuve más animada que de costumbre.

Empezaba a superar lo del asalto... Luego se encerraron a hablar de sus cosas. Antes de irse, el compañero pidió despedirse de mí. Me pareció un detalle encantador. (*Leve pausa.*) Ahí habría terminado todo de no ser porque...

CLARA: Volviste a verle.

ADELA. ¡Al día siguiente! Pero no fue premeditado. La casualidad, el destino... Llámalo como te dé la gana. Salí a dar un paseo. Me sentía contenta sin saber por qué. Pasé por delante de una librería. Él estaba dentro. Me vio a través del escaparate. Salió rápidamente. Yo me sentía como una colegiala, no sabía qué decirle, allí de pie, sobre la acera. Conversamos. Le acompañé a la estación, su tren salía. Ay, y ahí habría acabado también todo, por segunda vez...

CLARA: ¿Qué pasó?

ADELA: A la semana siguiente, regresó. Entretanto, me llamó un par de veces por teléfono. Yo no me daba cuenta, o no quería, de lo impropio de su conducta... de nuestra conducta. Nos citamos en un hotelito a las afueras...

CLARA: No digas más...

ADELA: Te equivocas. No pasó absolutamente nada.

CLARA: ¿Nada?

ADELA: Nada de lo que te imaginas. No llegué a traicionar a Anselmo. A no ser de corazón...

CLARA: ¿Y qué hicisteis?

ADELA: Conversamos.

CLARA: (*Incrédula.*) ¿Os citasteis en un hotel, sólo para conversar?

ADELA: Sí.

CLARA: Ya tuvo que ser interesante la conversación.

ADELA: Te suplico que me creas.

CLARA: ¡Si te creo! Pero me hace gracia... ¿Y os visteis mucho? (*Con matiz.*) De esa manera platónica que cuentas.

ADELA: Todas las semanas, cada jueves, que era cuando venía él por motivos de trabajo. Los demás días, nos llamábamos por teléfono. Y nos escribíamos...

CLARA: (*Paladeándolo.*) Un idilio a la antigua usanza. Llamadas telefónicas, cartitas... ¡Quién lo pillara!

ADELA: No te burles.

CLARA: Reconozco que me sorprende. Te imaginaba tan enamorada de Anselmo...

ADELA: Y lo estoy. (*Duda, se pasa la mano por el rostro.*) ¡Dios mío, no lo sé! Me siento tan confundida y tan culpable...

CLARA: ¿Qué más pasó?

ADELA: (*Más calmada.*) Estuvimos viéndonos unos meses. No siempre en el mismo lugar. Procurábamos

pasar desapercibidos. Pero llegó un momento... Él quería, me pedía...

CLARA: Lo que cualquier hombre.

ADELA: ¡No, no es eso! Al menos, no así. Decía que lo dejaba en mis manos, que no me pediría nada que significara violentarme. Le dije que no. Él comprendió.

CLARA: Cuánta delicadeza.

ADELA: Puedes reírte lo que te dé la gana. Te lo cuento como sucedió. O como yo lo viví. Y le pedí más. Dejar de vernos por un tiempo. Tuve que reunir mucho valor, porque le necesitaba, no sé si por amor o porque se estaba convirtiendo en costumbre... Accedió. (*Con angustia.*) En seguida, me arrepentí. Y cuando pasaron los días, y las semanas, más aún. Cesaron de repente las cartas, las llamadas... Todo volvió a ser como antes. No como antes... Mucho peor. Caí en un pozo negrísimo, me desesperé. No tenía ganas de nada. Permanecía el día entero mirando la televisión. Anselmo estaba muy preocupado. Quiso llevarme al médico. Me negué y le monté una escena. Optó por dejarme tranquila, esperando que le situación se arreglara por sí sola. Entonces viniste. ¡Me alegró tanto tu visita! Pero la alegría me duró apenas unas horas. Al día siguiente, me enviaron el primer anónimo. Uno cada día, ¿te das cuenta? Finalmente, ayer, el chantaje.

CLARA: Y qué tiene que ver esto con la sentencia de Anselmo.

ADELA: ¡Nada! El chantaje me lo hacen a mí, por esas ridículas cartas que escribí. No tienen nada de particular, pero preferiría que me tragara la tierra a que las leyera mi marido. Hace un rato, me han devuelto unas pocas, pero no todas...

CLARA: *(Se queda pensativa, calibrando la información.)* Nada que ver con el trabajo de Anselmo, ni con esos señores tan importantísimos de la tele, ¿eh, mentirosilla?

ADELA: *(Turbada, asintiendo.)* Me aborrezco a mí misma por haberte engañado...

CLARA: *(Con afecto.)* Y con razón. Pero te perdono porque somos amigas. La cuestión es cómo llegaron esas cartas a manos del... chantajista.

ADELA: No creas que no me lo he preguntado.

CLARA: Se me ocurre una explicación...

ADELA: ¡Ni lo pienses! Él sería incapaz.

CLARA: Como no volvió a dar señal de vida...

ADELA: Bueno, no es del todo cierto...

CLARA: *(Con reproche.)* ¡Adela!

ADELA: Antes de venir tú, me hizo una llamada, la única que he recibido desde entonces... Le habían destinado a... bueno, bastante lejos. Podía renunciar, y me

preguntó si yo... en definitiva, si había llegado a alguna conclusión. No sé qué me pasó por la cabeza, pero, como no me había llamado ni tenido noticias, le dije que ni me acordaba de lo nuestro, que le deseaba suerte en su nuevo destino, etcétera. Luego, me pasé llorando la tarde entera. Al día siguiente, te fue a buscar Anselmo a la estación.

CLARA: Me parece a mí bastante claro que él...

ADELA: Y yo te digo que no.

CLARA: Pudo acercarse a ti por cálculo. Para comprometerte. Y comprometer a Anselmo, que sería su objetivo principal.

ADELA: ¡No, no, nunca!

CLARA: Pues no veo otra explicación.

ADELA: Te repito que no.

CLARA. *(En sus trece.)* Aquí hay algo que no cuadra. Ese don Fulano, tan exquisito, tan delicado y que tuvo contigo tantos miramientos, desapareció en cuanto consiguió lo que quería, que eran unas cartas de tu puño y letra, diciendo tonterías de adolescente, pero que servirían para dañar irremisiblemente a Anselmo. Y si no es así, dime: ¿cómo han llegado las cartas a manos del chantajista?

ADELA: Se las arrebataría de algún modo. Es posible que también a él le estén chantajeando.

CLARA: (*Sacudiendo la cabeza.*) Ese hombre te ha usado, tontorrón. Y gracias a Dios que no pasasteis a mayores. De lo contrario, quién sabe si no habría hasta fotos.

ADELA. (*Siente un escalofrío.*) Te equivocas, Clara... Eres demasiado retorcida.

CLARA: Es la realidad la que es tan retorcida.

ADELA: Siempre has sido muy complicada. Veías cosas donde yo no veía nada.

CLARA: ¿Y quién terminaba teniendo razón?

ADELA: En este caso, no la tienes. Te lo prometo.

CLARA: (*Divertida.*) ¿Me lo prometes? ¿Cómo puedes prometérmelo? (*Súbita.*) Oye, ¿por qué no le llamas?

ADELA: ¿Llevarle? ¿A quién?

CLARA: A don Perfecto. Tendríamos una idea.

ADELA: Prometimos... Yo le prometí...

CLARA: Bobadas. Lo entenderá. Ha sucedido algo que te libera de esa promesa. Tienes derecho a saber cómo salieron esas cartas de sus manos. Te debe una explicación. Al menos, saldríamos de dudas en lo referente a su responsabilidad.

ADELA: (*Luchando consigo misma.*) No me atrevo...

CLARA: Le llamaré yo. Dame su número.

ADELA: ¡No, lo haré yo! Pero tengo antes que pensar lo que le digo. Y ya es muy tarde. *(Se muerde los labios.)*
Le llamaré por la mañana.

CLARA: ¿Seguro?

ADELA. Segurísimo. Vámonos a dormir. Estoy agotada.

(Se retiran. CLARA, no muy convencida.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

(Mismo lugar. La mañana siguiente, a primera hora. El JUEZ y EZEQUIEL, saboreando una taza de café. El primero, de pie; el segundo, sentado. Se miran intensamente. Conversan a media voz.)

JUEZ: ¿Adela? ¿Qué pasa con ella?

EZEQUIEL: Siempre me has agradecido que te dijera la verdad.

JUEZ: Pues claro. Di lo que sea. Pero mejor en el coche.

EZEQUIEL. *(Repantingándose.)* ¿No puedo tomarme una humilde taza de café? *(Un sorbo.)* Las mujeres son muy complicadas. Nunca terminamos de entenderlas. Las pierde el corazón. Todo, lo grande y lo pequeño, lo pasan por ese filtro que tantas veces arroja resultados inesperados. Son, primordialmente, emoción. Por semejante circunstancia, resultan tan encantadoras. El mundo, sin ellas, resultaría un lugar árido e invivible.

JUEZ: (*Impaciente.*) Déjate de circunloquios y suelta lo que tengas que decir.

EZEQUIEL: Con tu permiso. (*Otro sorbo.*) Adela, te lo vuelvo a subrayar, es extraordinaria. Pero, si nos ceñimos a los hechos, ha dado en un periodo no tan remoto de su vida determinados pasos que cabe calificar de peligrosos. No debemos hacerle ningún reproche. Hasta la más honrada puede llegar a flaquear. (*Pausa.*) Tu mujer ha tenido eso que los moralistas llaman una “relación extramarital”. (*Otra pausa. El JUEZ se pone rígido.*) Tranquilízate. Hasta donde yo sé, no ha revestido mayor importancia. Adela se ha mantenido exquisitamente inabordable. En el plano físico, me refiero. Mucho entrelazar los dedos, mucho mirarse ardientemente a los ojos, que, por cierto, tu mujer los tiene últimamente bastante enrojecidos, pero nada que te pueda quitar el sueño.

JUEZ: (*Con voz hueca.*) ¿Quién es él? ¿Le conozco?

EZEQUIEL: Le traje a casa... Hace unos meses. Me invitaste a cenar aquí, con vosotros, pero rehusé.

JUEZ: (*Haciendo memoria.*) ¡Él!

EZEQUIEL: Puedes sentirte orgulloso. En casos semejantes, algunas mujeres optan por individuos que dejan bastante que desear. Conoces el dicho: “Los pueblos y las mujeres se inclinan por los sinvergüenzas”. Adela ha

demostrado tener gusto. Excelente persona, nuestro sujeto, profesional digno de nota, y con un futuro por delante más que prometedor. Lástima que... (*Pausa. El JUEZ se alarma.*) Dentro de mis atribuciones, por las que me pagas tan generosamente, he creído mi deber tener una pequeña conversación con él. Le he hecho determinadas sugerencias, ciertas proposiciones que le habrían resultado muy ventajosas... (*Cabecea con lástima.*) Hubiera sido mejor, para él, que las tuviera en cuenta. Bien es cierto que habría supuesto, en todo caso, un cabo suelto. Y yo no soy partidario de los cabos sueltos, por lo que me alegro de la integridad que ha demostrado. Dejará de ser un problema. (*Suspira.*) Es terrible el estado de nuestras carreteras. Todos los días, lamentablemente, ocurren accidentes. El gobierno debería multiplicar sus inversiones en este campo. (*Junta los dedos. Recita.*) “Los días del hombre son como la hierba. Apenas ha florecido y ya se agosta”.

JUEZ: (*Estremecido.*) ¿Como a Manzano? ¡Me niego!

EZEQUIEL: Manzano, el periodista, se lo buscó. (*Virtuoso.*) Un caso típico de mala suerte. De cada millón de tipos que se arrojan de un avión, ¿a cuántos no se les abre el paracaídas? Pero tranquilízate. He dejado volar mi imaginación. Te suplico que olvides lo que he dicho. Encontraré una manera sencilla de sacarnos esta espina.

(El JUEZ pasea por la estancia.)

EZEQUIEL: Pero hay más. *(El JUEZ se detiene.)*
Existen unas cartas...

JUEZ: ¿Unas cartas?

EZEQUIEL: Tu mujer y él se escribían. ¿Te imaginas nada más conmovedor? ¿Quién escribe cartas en los tiempos que corren?

JUEZ: Ahórrate los comentarios.

EZEQUIEL: El caso es que las cartas han desaparecido y tu mujer está siendo objeto de chantaje.

JUEZ: *(Lívido.)* ¡Chantaje! ¿Y qué dicen esas cartas?

EZEQUIEL: El contenido importa relativamente. ¿Qué puede haber? ¿Una prosa tórrida? Tu mujer es comedia. Aunque, precisamente, son las en apariencia más discretas las que...

JUEZ: Te he pedido que no hagas comentarios.

EZEQUIEL: *(Con gesto de aceptación.)* Lo malo es la mera existencia. Si las cartas llegaran a la prensa...

JUEZ: Ocúpate de que no ocurra.

EZEQUIEL: Confía en mí.

JUEZ: *(Inquieto.)* A ser posible, con el menor daño.

EZEQUIEL: Descuida. En cuanto al... bueno... al extorsionador propiamente dicho...

JUEZ: Lo dejo en tus manos. (*Pasea nervioso arriba y abajo. Se detiene y le mira con interés.*) ¿Te molestaría que te hiciera una pregunta?

EZEQUIEL: En absoluto.

JUEZ: Te debo mucho, Ezequiel. Sin ti, no habría podido llevar adelante una carrera tan fructífera.

EZEQUIEL: (*Sonriendo complacido.*) ¿Quién es ahora el que hace circunloquios?

JUEZ: No acabo de entenderte. ¿Por qué estás a mi lado?

EZEQUIEL: ¿Quieres saberlo?

JUEZ: Por eso te lo pregunto.

EZEQUIEL: Si te dijera que te tengo afecto, ¿te bastaría?

JUEZ: Me temo que no.

EZEQUIEL: Tienes razón. (*Reflexivo. Con la mirada un tanto dispersa.*) Todos los hombres buscamos un camino. Allí donde podamos desarrollar al máximo nuestras cualidades. Yo he encontrado mi camino junto a ti.

JUEZ: Eso no me deja en muy buen lugar.

EZEQUIEL: ¿Te inquietas? No debería ser así. (*Adelanta el torso.*) Te voy a decir algo que te tranquilizará. Los servicios que te he hecho hasta el presente, y que espero todavía se redondeen con otros de mayor enjundia,

han ido a contrapelo de mi conciencia. Los más...
delicados, me refiero. ¿Te sorprende?

JUEZ: Continúa.

EZEQUIEL: Las personas somos una moneda de dos caras. Una de ellas muestra un aspecto reluciente, impoluto. Este aspecto, en mi caso, te lo debo a ti: es como reflejo tuyo. Yo quiero ser así. Contemplo tu carrera y me lleno de sentimientos nobles. La otra cara refleja la inmundicia, es mi verdadero yo, lo que soy en realidad. El secreto consiste en mantener sendas áreas incomunicadas. Es lo que, en cierta medida, hace todo el mundo. Aunque, posiblemente, yo lo haga en mayor grado y, al contrario que el resto, soy plenamente consciente. En ocasiones, la peor cara, digamos la mía, tiende a contaminar la buena, o sea la tuya. No puedo ni debo permitirlo. Mis principios, que tú encarnas, se verían alterados. No sé si me explico bien. En el fondo es sencillo.

JUEZ: ¿Y qué haces cuando eso ocurre?

EZEQUIEL: ¿Cuándo mi área, en lugar de permanecer en su lugar, se quiere proyectar sobre la tuya? Suele ser cansancio. Me tomo unas pequeñas vacaciones.

JUEZ: Hace mucho que no tomas vacaciones.

EZEQUIEL: Hace mucho que no las necesito.

(Pausa.)

JUEZ: A mí, en cambio, me vendrían bien. Cuando todo termine...

EZEQUIEL: Esto no va a terminar, juez.

JUEZ: Quiero decir, cuando las aguas vuelvan a su cauce. (*Con hastío.*) Cuando deje de ser el foco de atención... He comprado un ático en la costa.

EZEQUIEL: Lo sé.

JUEZ: (*Sorprendido.*) No recuerdo habértelo dicho.

EZEQUIEL: No lo has hecho.

JUEZ: (*Le mira fijamente un segundo.*) Iré allí, con Adela. Intentaremos... intentaré...

EZEQUIEL: ¿La vas a perdonar?

JUEZ: (*Con dureza.*) Es asunto mío.

EZEQUIEL: Disculpa.

(*Entra CLARA. EZEQUIEL se pone en pie.*)

CLARA: Buenos días. (*A ANSELMO.*) Creí que ya os habíais ido.

JUEZ: En seguida... ¿Qué tal has descansado?

CLARA: Maravillosamente.

JUEZ: Iré a despedirme de Adela. (*Sale.*)

(CLARA, incómoda ante EZEQUIEL, hace amago de dejarle solo.)

EZEQUIEL: (Deteniéndola.) ¿Puedo preguntar si todavía permanecerá con nosotros unos días?

CLARA: Puede preguntarlo.

EZEQUIEL: (Sonriendo.) No le soy simpático, ¿verdad?

CLARA: Es usted un hombre observador.

EZEQUIEL: (Acercándose.) No hay razón para semejante hostilidad. Debería considerarme amigo.

CLARA: Lo consideraré. Ahora, si me lo permite... (Da media vuelta para irse.)

EZEQUIEL: Está usted enamorada del juez, ¿no es cierto?

(CLARA se clava en el sitio.)

EZEQUIEL: Soy observador. Usted misma lo ha reconocido.

CLARA: (Azarada.) Me va a hacer el favor...

EZEQUIEL: Oh, se lo ruego. No piense cosas raras. Soy amigo del juez. Y usted abriga también hacia él sentimientos... amistosos. Es inevitable, y beneficioso para

el juez, que, por nuestra parte, nos llevemos todo lo bien que podamos.

CLARA: Yo no seré nunca su amiga. Váyase. O, mejor, me iré yo.

(EZEQUIEL la retiene del brazo. Regresa el JUEZ. Ella se suelta.)

JUEZ: *(Sin percatarse de nada.)* Nos vamos, Ezequiel. *(A CLARA.)* Todavía dormía. La he dado un beso. Díselo, que tengo que hacer méritos.

CLARA: No me olvidaré.

EZEQUIEL: *(A ella. Inclínándose.)* Un placer.

(Salen. CLARA queda muy agitada. Enciende un cigarrillo y fuma, el brazo derecho cruzado sobre el izquierdo. Entra MARTINA con el desayuno.)

MARTINA: Buenos días, señora.

CLARA: Buenos días. *(La contempla mientras sirve. Súbitamente.)* Martina...

MARTINA: ¿Señora...?

CLARA: ¿Lleva usted mucho aquí, con los señores?

MARTINA: Casi dos años, señora. Se cumplirán el mes que viene.

CLARA: ¿Y está contenta?

MARTINA: Sí, señora. Los señores son muy amables conmigo.

CLARA: ¿No son exigentes?

MARTINA: Oh, no, señora. Me tratan muy bien. Y son muy generosos. Me hacen regalos a menudo. En pocas casas estaría mejor. A pesar de... *(Se interrumpe.)*

CLARA: ¿A pesar de...?

MARTINA: No, nada...

CLARA: Iba a decir algo.

MARTINA: Bueno... La señora, a veces, es un poco nerviosa... *(En tono de disculpa.)* No lo digo para mal... La señora ha pasado momentos difíciles. Cuando entraron en la casa...

CLARA: Cuando entraron en la casa, ella estaba sola, ¿no?

MARTINA: Sí, señora. Era mi día libre. Yo me habría muerto de miedo. Menos mal que todo acabó bien. A partir de entonces, la señora...

CLARA: *(Animándola.)* ¿Sí?

MARTINA: La señora ya no se comportó igual. Lloraba y decía... *(Enrojeciendo.)* Decía... decía que el señor no la quería y que hacía bien en no quererla. Yo la decía que al contrario. Que el señor la quería y que tenía suerte de

tenerle por marido. Un hombre tan importante, que sale a todas horas en los periódicos y la televisión.

CLARA: ¿Le decía eso a la señora?

MARTINA: (*Asintiendo.*) La señora se sentía sola. No tenía con quien hablar. Hasta que vino usted...

CLARA: (*Contemplándola de arriba abajo.*) Es usted atractiva, Martina. Y viste bien, para su clase. Se arregla para salir. Bien peinada, pero dejando sueltos esos pequeños ricillos como al descuido. Los hombres se fijarán mucho en usted. En concreto, el señor... ¿Sabe lo que quiero decir?

MARTINA: (*Muy confusa.*) No, señora.

CLARA: (*Aspirando hacia la otra.*) Un perfume delicioso. Y caro. ¿Se lo ha regalado la señora?

MARTINA: (*Casi al borde del llanto.*) El señor...

CLARA: Ah, sí. Uno de esos regalos a que se refería... No se ponga a la defensiva, es lo más normal. Y no se culpabilice.

MARTINA: ¿Por qué, señora?

CLARA: Todo el mundo tiene fantasías. El señor y usted, usted y el señor. Sería tan agradable sustituir a la señora. ¿Qué tiene de malo imaginarlo? Ocupar el lugar de la señora, vestir y comportarse como ella. Dormir con el señor...

MARTINA: (*Sollozando.*) ¡Señora, por favor...!

CLARA: Pero si es natural, criatura, no se ponga así. El señor tiene presencia, posición... Y para redondearlo, le rodea ese aire de peligro que tan morboso nos resulta a las mujeres. La señora, la pobre, con sus jaquecas, con sus nervios, no se encuentra en condiciones de estar a su lado y apoyarle. Pero da igual. (*Muy suave.*) Existe, muy cerquita, quien encarnaría mejor ese papel. Pobre Cenicienta... porque usted se siente así. Si la señora no estuviera, si la señora desapareciera...

MARTINA: (*Con repulsa.*) ¡No, eso nunca lo he pensado...!

CLARA: ¿Y qué de particular tendría? El pensamiento es libre. El pensamiento no delinque. Pregúntele al señor. (*Pausa.*) ¿Tiene novio, Martina?

MARTINA: No... sí... Bueno, salgo de vez en cuando con un chico.

CLARA: ¿En qué trabaja?

MARTINA: Trabaja en la tienda de su padre. Es informático.

CLARA: ¿Sabe él...? No, claro. Hay cosas que las mujeres no contamos. ¿Se van a casar?

MARTINA: No lo hemos hablado.

CLARA: Pero él se lo ha insinuado.

MARTINA: Puede... A él le gustaría...

CLARA: Y a usted, Martina, créame. *(Severa.)* Hágame caso y vaya pensando en convertirse en su esposa. Y no le cuente nada de esto. Entre otras razones, porque no hay nada que contar... *(En otro tono.)* Con esa carita tan graciosa y esa figura tan espléndida, y a poco cariñosa que usted sea, su marido no tendrá ninguna queja. Serán felices. ¿Amigas? *(Le extiende la mano. La otra duda.)* Mejor, un beso. *(Se lo da.)* No la retengo. Tendrá que hacer.

(MARTINA se marcha atropelladamente. Casi tropieza con ADELA, que entra.)

ADELA: Jesús, qué atolondrada... Buenos días.

CLARA: Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

ADELA: Regular.

CLARA: Tu marido me encarga que te diga que se ha despedido con un beso.

(Toman asiento. Se sirven café y mordisquean alguna pasta.)

ADELA: *(Algo cortada.)* Respecto a lo que hablamos anoche...

CLARA: Tu amor platónico.

ADELA: (*Incómoda.*) No lo llames así. Creo que sacamos un poco las cosas de quicio... (*Su amiga la mira interrogativamente.*) No voy a llamarle.

CLARA: (*Perpleja.*) ¿No le vas a llamar?

ADELA: Eso he dicho.

CLARA: O sea, que te cruzas de brazos.

ADELA: (*Rígida.*) Te estoy diciendo lo que voy a hacer.

CLARA: Que es tanto como no hacer nada. Vamos, Adela. ¿Es que no lo comprendes? Están esas cartitas... Lo mínimo que puedes hacer es comprobar que ese hombre no las tiene. Pídeselas. Si te anda con evasivas, ya sabrás a qué atenerte.

ADELA: No las tiene.

CLARA: ¿Cómo lo sabes?

ADELA: Me lo dice mi corazón.

CLARA: ¡Tu corazón!

ADELA: Búrlate lo que quieras. Esperaré lo que haga falta hasta que llame.

CLARA: ¿Y si no llama?

ADELA: Llamará.

CLARA: Dijiste que habíais quedado en no veros ni hablaros.

ADELA: (*Incongruente.*) Cuando me llame, le pediré que nos veamos, porque estas cuestiones deben tratarse personalmente. Y entonces...

CLARA: Y entonces, o habrá un fotógrafo aguardándoos, y ya me contarás en qué lugar dejas a Anselmo cuando aparezcáis al día siguiente en la portada de todos los periódicos, o volverás a caer en los brazos varoniles de ese personaje tan maravilloso y tan fantástico. Y esta vez no será para inocentes arrumacos. (*Aturdida. Se sujeta la cabeza.*) Aunque me parece todo tan extraño...

ADELA: (*Terca.*) He tomado una decisión.

CLARA: ¡Pero el otro pide su dinero!

ADELA: Qué empeño en ponerlo todo tan difícil.

CLARA: (*Manotea ante su cara.*) ¡Adela, Adelita, estamos aquí, en la realidad...! (*Más seria.*) No podrás manejar esto sola.

ADELA: ¡Por supuesto que podré!

CLARA: Somos mujeres, Adela.

ADELA: (*Se levanta.*) ¡No doy crédito a lo que oigo! Tú, tan feminista y tan independiente, me vas a convencer ahora de que no podemos dar un paso sin un hombre.

CLARA: (*Resignada.*) Quizá me estoy haciendo vieja. Quizá estoy cansada de llevar yo sola el peso de todos mis problemas. Es posible que lo que antes me convencía

ahora ya no me llene. Confieso que te envidio. Si yo tuviera a mi lado a alguien como Anselmo...

ADELA: Harías, sobre poco más o menos, lo mismo que yo.

CLARA: Tú no le quieres. Quieres a ese hombre que, en realidad, te ha abandonado y que, con toda probabilidad, esté detrás del asunto de las cartas.

ADELA: ¡No te consiento que me digas eso!

CLARA: (*No la hace caso.*) Aunque tampoco le quieres a él. Querrías quererle, que no es lo mismo. (*Con tristeza.*) Lo he visto muchas veces. Mujeres que se han cansado de sus maridos sin una razón, simplemente porque sí. Porque dejó de ser novedad para ellas, porque le descubrieron sus flaquezas, pasando por alto que también ellas las tienen, porque el tiempo transcurre y las ilusiones no se han realizado... Por tantos motivos que, en el fondo, no lo son. (*Suspira.*) Si tengo algún motivo para alegrarme de no haberme casado es por haberme librado de cometer ese error. Habré cometido otros, quién lo duda, pero no he arrastrado a otra persona conmigo. Y sí, tienes razón: me hubiera gustado amar a otra persona aparte de mí misma. A dónde me ha conducido tanta independencia. De haber querido a un hombre, y que éste me correspondiera, habría intentado hacerle feliz con toda mi alma.

ADELA: (*Provocándola.*) Como una esclava.

CLARA: (*Sin alterarse.*) Sí, como una esclava. Habría hecho dejación de todos mis derechos. Me habría conformado con estar a su lado, con ir acompañándole en sus problemas. Para qué quiero mis derechos si estoy sola. Puedo hacer lo que quiera, menos lo que realmente deseo.

ADELA: Tú no sabes lo que es el matrimonio.

CLARA: Es posible que no. Es posible que yo esté tan fuera de la realidad como tú. Pero lo que sí comprendo es que te estás equivocando. Y lo lamento. Por ti y por Anselmo, que con todos sus defectos no se merece lo que le haces.

ADELA: ¿Y qué le hago, según tú?

CLARA: No apoyarle, cuando te lo está pidiendo a gritos.

ADELA: Debo de estar sorda, porque no oigo nada.

CLARA: Lo acabas de decir: estás sorda.

ADELA: ¡No me digas que tú sí lo oyes!

CLARA: Sólo hay que prestar atención. Cuando calla el amor propio, se escucha el corazón.

ADELA: ¡Vaya! ¿Quién menciona ahora el corazón?

CLARA: Soy la primera sorprendida... No esperaba hablar así.

ADELA: (*La mira de hito en hito.*) Clara, tú quieres a Anselmo.

CLARA: (*Evasiva.*) Me da mucha pena lo que le ocurre.

ADELA: (*Con rabia.*) ¿Y no te doy pena yo?

CLARA: He descubierto que eres fría. Y sí, me das pena por esto mismo que ahora sé.

ADELA: (*Frunce la boca, cruzándose de brazos.*) ¡Qué disparate! No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

CLARA: Sólo sé lo que siento. Pero no te preocupes. No voy a estorbarte. Hoy mismo me iré. Te veo capaz de desenvolverte sin mi ayuda. (*Se pone en pie. Llega al extremo del salón.*)

ADELA: (*Deteniéndola.*) ¡Clara! Espera... (*La amiga se para, sin volverse.*) No quiero que te vayas. (*Con suavidad.*) Por favor... (*La conduce hacia el sofá. Se vuelven a sentar las dos.*) Es posible... es posible que tengas razón en mucho de lo que has dicho. Estoy tan confundida. Y tengo tanto miedo...

CLARA: ¿Miedo?

ADELA: Sí, miedo. Sé que lo que digo o hago carece de sentido. Y no puedo recurrir a nadie. Sólo tú me escuchas.

CLARA: Tienes a Anselmo, te lo he dicho.

ADELA: Es verdad, sí... (*Nostálgica.*) Al principio era maravilloso, tú lo sabes. Lo que te contaba a poco de casarme. Nos pasábamos horas al teléfono, ¿te acuerdas?

Qué pesada te tenía que resultar. *(Se lleva una mano a la frente.)* Dios mío, cuánto ha pasado... Me parecía que paseaba por un camino cuajado de flores, escuchando feliz el canto de los pájaros. Pero el camino se me hizo demasiado largo, los pájaros dejaron de cantar... o yo dejé de oírlos. *(Larga pausa.)* No sé si estoy enamorada de él... Se llama Pedro, por si te interesa... Lo malo es que mi amor, o lo que sea, está mezclado con tantos elementos... Tienes que entender que no me aclare. Dime que lo comprendes...

CLARA: *(Conmiserativa.)* Lo comprendo. Lo malo es que alguien sufrirá. Anselmo, tú... seguramente los dos.

ADELA: *(Vehemente.)* ¡Yo ya sufro!

CLARA: También Anselmo.

ADELA: ¡Tengo derecho a esta oportunidad! ¿Quién eres tú para negármela?

(CLARA queda en silencio, las manos mansamente depositadas sobre el regazo.)

ADELA: *(Más calmada.)* Y si el asunto no va bien, tanto si triunfo como si fracaso... En ambos casos, Anselmo será tuyo.

CLARA: *(Alzándose como un resorte.)* ¡Adela! ¿Te das cuenta de la inmoralidad que me propones?

ADELA: ¿Inmoralidad? *(Con fatiga.)* Nada de lo que diga te convence...

CLARA: ¡Naturalmente que no! Haces que tu marido parezca... un simple objeto.

ADELA: Anselmo es como un niño, Clara. Su comportamiento es infantil. Se crece ante las dificultades, pero en el mal sentido. Otro cualquiera habría arrojado la toalla. Él todavía echa más leña a la hoguera. Cada mañana, cuando abro el periódico o pongo la tele, me siento desfallecer. No pierde la ocasión de atacar y desafiar a sus enemigos. Sabes lo sarcástico que puede ser. Ese don de poner de relieve el lado más ridículo de los demás. Por eso, y por sus éxitos y sus relaciones, le odian, y no van a descansar hasta destruirle. *(Rígida.)* No quiero estar aquí cuando suceda. Sencillamente, no tengo valor.

CLARA: *(Casi gritando.)* ¡Pues saca el valor de donde no lo tengas! ¡Píntalo si hace falta! Ese desafío, esa prepotencia, como tú los llamas... ¿No comprendes que te está pidiendo ayuda?

ADELA: *(También alza la voz.)* ¡No, no lo comprendo! Y aunque lo comprendiera. ¡Estoy harta! ¡Quiero que todo esto termine! ¿Quieres saber cómo me siento? ¡Te lo voy a demostrar! *(Se abalanza hacia el mando de la televisión y enciende, con gran nerviosismo, el aparato. Un informativo.*

Hablan del JUEZ.) ¿Lo ves? Así a todas horas, todos los días... ¿Quién sería capaz de soportarlo?

VOZ EN OFF: ... Estas últimas revelaciones han caído como una bomba en la Judicatura y ambientes policiales. Agentes internados, como se sabe, en la prisión de máxima seguridad de la capital, por orden del Juez Sepúlveda, han efectuado unas declaraciones explosivas a través de su abogado. Acusan al juez de incumplir un pacto al que supuestamente habría llegado con ellos. El juez, siempre según la versión de los agentes imputados, les prometió un trato de favor a cambio de declararse culpables de delitos menores, omitiendo los delitos de malversación de fondos públicos, homicidio en grado de tentativa contra líderes opositores y la creación de una amplia red de extorsión a constructores y empresarios que habría servido para financiar ilegalmente al partido en el gobierno. Según el comunicado dado a conocer, repetimos, desde el bufete de abogados que se encarga de la defensa de los agentes en prisión, el juez Sepúlveda habría tenido conocimiento de todos estos delitos y ocultando supuestamente las pruebas. El gobierno...

(ADELA apaga de golpe la televisión.)

ADELA: ¿Ves lo que quiero decir? ¡No lo aguanto!
¡Sencillamente, no lo aguanto!

CLARA: (*Abrumada por la información acabada de escuchar.*) ¿Te has... te has enterado de lo que han dicho?
¿Sabías tú algo?

ADELA: Me he enterado, sí. Y no, no tenía idea.
Anselmo no me cuenta nunca nada.

CLARA: ¿Qué va a pasar ahora?

ADELA: ¿Me lo preguntas a mí? ¡Nada! Anselmo
flotará por encima de toda esta basura. Te aseguro que, en
estos instantes, disfruta de lo lindo.

CLARA: (*Con pena.*) Tengo la sensación de que tú
también disfrutas.

ADELA: (*Frívola.*) ¿Te lo parece?

CLARA: Sí.

ADELA: Puede que yo también sea de las que se
crecen en momentos de peligro.

CLARA: Ojalá fuera así. Significaría que estarías al
lado de tu marido. (*Se miran.*) Ahora soy yo la que está
asustada.

ADELA: ¿Tú? ¿De qué?

CLARA: No por mí. Por Anselmo. Sé que ahora sus
enemigos van en serio.

ADELA: Siempre le han tenido muchas ganas. Pero no te preocupes. Sabe demasiado y no se atreverán con él. Lo que hemos escuchado es otro capítulo de la trama.

CLARA: No es otro capítulo. Es el final...

ADELA: ¡Clara, por Dios!

CLARA: (*Retorciéndose las manos.*) Es difícil conocer a las personas. Yo pensaba, tú también, que tú eras la débil y yo la fuerte. Me temo que sea a la inversa. Cuando se ama, se vuelve una vulnerable. A ti te veo fuerte...

ADELA: Hace un minuto me reprochabas que no fuera valiente para apoyar a Anselmo. Ahora dices lo contrario. (*Sarcástica.*) Y, bueno, te agradezco que confieses tu amor por mi marido.

CLARA: (*Inaudible.*) Eso tiene ahora muy poca importancia.

ADELA: (*Suelta una carcajada.*) Me pregunto qué pensaría Anselmo de saber que nos peleamos por él.

CLARA: Yo no peleo.

ADELA: Tampoco yo, si vamos a eso. Mira, pongamos las cartas boca arriba. ¿Quieres a Anselmo? Quédate con él.

CLARA: Te creía incapaz de algo así...

ADELA: Lo acabas de decir: es difícil conocer a las personas.

CLARA: (*Abatida.*) Me niego a seguir hablando en estos términos.

(*Suena el teléfono. ADELA responde.*)

ADELA: ¿Sí...? ¿Ezequiel...? Sí, le escucho. Estoy enterada, sí... Lo acabo de escuchar... ¿Qué? ¿Cómo? No, eso no... Pero ¿cómo es posible? ¿Lo están diciendo ahora...? ¿Cómo está...? ¿Seguro...? ¿No me engaña...? Sí, por favor, tráigalo... (*Cuelga.*)

CLARA: (*Alarmada.*) ¿Qué pasa?

ADELA: (*Rígida.*) Anselmo acaba de sufrir un atentado.

CLARA: ¡Dios mío!

ADELA: Ezequiel dice que está bien. (*Se dirige a la televisión y vuelve a conectarla.*)

VOZ EN OFF: ... Muy pocos datos hasta el momento, salvo la explosión de un coche bomba al paso del vehículo del juez Sepúlveda, a la altura del Ministerio del Interior, en nuestra capital. Al parecer, y a la espera de confirmación, el juez ha salido indemne del brutal atentado. Los rumores que circulan son contradictorios. Uno, en particular, bastante extraño, se abre camino con fuerza, y estaría relacionado con los ultimísimos acontecimientos de que ha sido protagonista el juez. Hay quien habla de un recado

enviado al magistrado desde determinados ambientes, que tendrían relación con los turbios aledaños del poder...

(CLARA arrebató el mando y cambia de canal.)

2ª VOZ EN OFF: ... Desde este medio, hemos advertido incansablemente al juez Sepúlveda, y a aquellos que le han venido respaldando en su aparatosa instrucción de los sumarios a su cargo, que el estado de derecho en que vivimos tiene la obligación de ofrecer la máxima transparencia y garantía a abogados y fiscales, y por supuesto a incausados, y no distorsionar el procedimiento, sirviendo, más que los intereses de la Justicia, que, como reza su emblema, debe ser ciega e imparcial, los de aquellos que quisieran ponerla torticeramente a su servicio...

(CLARA cambia otra vez de canal.)

3ª VOZ EN OFF: ... Dentro de la serenidad que debe presidir el comportamiento de todos, en particular el de quienes ocupan los puestos de máxima responsabilidad, y especialmente en circunstancias tan graves como las que concurren ahora mismo en el país, consideramos innecesario hacer una llamada de atención al juez

Sepúlveda, salido felizmente ileso del criminal atentado que ha sufrido...

CLARA: *(Llevándose las manos a la cara.)* ¡Gracias, Dios mío!

3ª VOZ EN OFF: ... de no intentar obtener réditos personales de un atentado que todos condenamos con la mayor dureza, y desde esta cadena hacemos votos para que la policía no tarde en localizar y detener a sus autores...

(CLARA apaga la televisión y se sienta. Vuelve a sonar el teléfono. ADELA responde.)

ADELA: ¿Sí...? *(Cambia radicalmente de expresión. Seca.)* Lo he oído... Mi marido está bien... Yo también me alegro... *(Mascullando.)* ¡Ése no era el trato...! ¿Cuántas veces lo querrá cambiar? No tiene derecho... Se lo diré a mi marido, se lo contaré... *(Larga pausa, ella escucha.)* Lo intentaré... no haga nada... Pero es la última vez, se lo garantizo... *(Cuelga.)*

CLARA: ¿Qué pasa? ¿Quién era?

ADELA: *(Tarda un rato en responder.)* Era... ese hombre, el de ayer... Dice que ahora las cartas valen mucho más...

(Nervioso repiqueteo de la puerta de la calle.
MARTINA cruza velozmente el salón. El JUEZ, despeinado
y con el traje lleno de polvo, se presenta acompañado de
EZEQUIEL. Les sigue la criada.)

AMBAS MUJERES: (Contrasta el ardor de CLARA con
la circunspección de ADELA.) ¡Anselmo...!

TELÓN

ACTO TERCERO

(Mismo lugar. Han pasado unos días. El JUEZ descansa, tumbado en el sofá. El suelo está sembrado de periódicos. Suena el timbre de la calle. Entra MARTINA, que cruza la estancia, observando, entre tímida y reverencial, al JUEZ. Confusas voces y vuelve a aparecer la criada, precediendo a EZEQUIEL.)

MARTINA: *(En susurros.)* Se ha pasado la noche trabajando. Luego me ha mandado por los periódicos... Ahora está dormido, señor. Si el señor quisiera volver más tarde...

EZEQUIEL: *(Contempla al JUEZ. A MARTINA.)* Tráiganos café. *(Obedece la criada. Sacude levemente al magistrado.)* Anselmo... Vamos, Anselmo...

JUEZ: *(Despertando. Le mira. Con disgusto.)* Tú... *(Leve pausa. Se endereza.)* Estaba soñando... ¿Sabes qué soñaba...? Soñaba que otra vez era niño, que no tenía responsabilidades... Trepaba por una montaña y no tenía

miedo... ¡Cada vez más alto! Detrás venían otros niños... Todos alegres, jubilosos... (*Cae en la cuenta de la expresión impaciente del otro.*) Está bien, qué tripa se te ha roto.

(*Entra MARTINA con el servicio de café. Lo deja sobre la mesa y desaparece.*)

EZEQUIEL: ¿Sacas alguna conclusión de esa basura? (*Señala la montaña de periódicos.*)

JUEZ: (*Ahogando un bostezo.*) Me aburren. ¡Son tan previsibles! (*Retórico.*) El Juez Independiente e Imparcial. El Juez Que Veía Amanecer... Prefiero los directamente hostiles, aunque son tan pocos... Si de mí dependiera, les protegería por ley.

EZEQUIEL: Vengo ahora mismo de Palacio. He hablado con el rey.

JUEZ: Yo hablé con él la semana pasada. Me llamó inmediatamente después del atentado.

EZEQUIEL: Lo sé.

JUEZ: La semana que viene cazaremos juntos.

EZEQUIEL: Me temo que no va a ser así.

JUEZ: (*Como sin creérselo.*) ¿Perdón?

EZEQUIEL: Será difícil que os veáis en adelante. (*El JUEZ adelanta el torso.*) Te tiene un gran aprecio personal,

eso por descontado. Si por él fuera, seguiríais manteniendo el mismo trato. Pero en el momento actual, no puede permitírsele.

JUEZ: (*Serio.*) Me vas a explicar qué ha cambiado en estos pocos días. Los periódicos... (*Los señala.*)

EZEQUIEL: Los periódicos todavía no se han enterado. (*Despacio.*) Te van a encausar, Anselmo, (*Impacto del JUEZ.*) Todavía no es del dominio público, pero resulta inevitable. Tenemos, como mucho, una semana para ir preparando tu defensa.

JUEZ: ¿Mi defensa?

EZEQUIEL: Eso he dicho. Será el último favor que le debas al monarca. El tiempo que ha podido conseguirte.

JUEZ: (*Se pone en pie de un salto.*) ¡No puede ser! ¿Qué te ha dicho exactamente? ¿Y qué es lo que ha cambiado para que, de repente, procedan contra mí? ¿Y de qué me acusarán?

EZEQUIEL: De un montón de faltas y delitos.

JUEZ: (*Con desprecio.*) Eso vienen haciéndolo desde ni se sabe cuándo.

EZEQUIEL: (*Con cierto tono.*) No te habrás olvidado de Manzano...

JUEZ: ¡Está muerto! ¿A qué viene sacarlo a relucir ahora?

EZEQUIEL: Se nos ha convertido en un problema.

JUEZ: No te entiendo.

EZEQUIEL: Era un gran periodista...

JUEZ: Lo admito. Y qué. Que no hubiera metido sus narices donde nadie le llamó.

EZEQUIEL: Manzano tenía sus partidarios. Han sabido esperar. Un conmovedor ejemplo de fidelidad al amigo. Eran cuatro locos, ¿no? Pues ahora no son cuatro, ni se les considera locos. Los policías que enviaste a prisión y que todavía esperan juicio... Les han convencido de que hablen.

JUEZ: Les habrán pagado.

EZEQUIEL: Gratis o con dinero de por medio. Qué más da. La opinión pública ha dado un vuelco. Te van a sacrificar, Anselmo. Sin remisión. Lo único que podemos hacer es presentar la mejor cara y esperar clemencia. Cuando todo se calme, aunque no te oculto que nos aguarda un largo recorrido para eso...

JUEZ: ¡No te creo!

EZEQUIEL: Haces mal. ¿Cuándo te he mentado? Probablemente, sea tu único amigo en estos momentos. Un amigo de interés, lo reconozco. Pero así son las amistades que perduran. *(El JUEZ vuelve a sentarse, abrumado.)* Comprendo que es difícil de asumir. El sistema es implacable. Mientras le sirves y le vienes bien, todo va

espléndidamente. Pero si te llegas a convertir en un estorbo, no digamos ya en un peligro...

JUEZ: Dices que me van a dar la espalda...

EZEQUIEL: Te la han dado ya, Anselmo. Pero te conceden un pequeño margen. Su Majestad, en persona, ha hecho gestiones. Me llamó esta mañana tempranísimo para comunicármelas. *(Con miseria.)* En apenas unos días, no reconocerás a tus antiguos aliados. El Tribunal Supremo...

JUEZ: Ah, el Tribunal Supremo... *(Con sarcasmo.)* ¿Y el ejército? Te olvidas del ejército. Darán un golpe solamente contra mí. Sacarán los tanques a la calle. Me extrañaba que olvidaran su más arraigada tradición.

EZEQUIEL: No digas estupideces. En los tiempos que corren, quien da el golpe de estado es la opinión pública, que es el verdadero déspota de las sociedades modernas. Una opinión pública, ciertamente, moldeada por determinadas élites. Nosotros formamos parte de esas élites. Ahora, comienza una nueva etapa. Oh, se parecerá mucho a la anterior, por no decir que será idéntica. Ya sabes el dicho: "cambiamos algo, para que nada cambie". En esta tesitura estamos. Mira la moda, las mujeres. Falda larga, falda corta, luego otra vez larga... Pero siempre, envolviendo y resguardando el eterno femenino.

JUEZ: (*Reconcentrado.*) Me voy a la mierda, estás diciendo.

EZEQUIEL: Aquí y allá, se van a hacer algunos ajustes. La opinión pública lo demanda. Nada profundo, pero sí, de algún modo, llamativo. En cierto modo, es cuestión de cansancio. La gente está harta del juez Sepúlveda. Te saben de memoria, subiendo y bajando de las escaleras de la Audiencia. Cuántos kilómetros te habrán visto recorrer en esos pocos metros. Les has saturado, simplemente. Por otro lado, tus enemigos no han dejado de trabajar en la sombra. Brillantemente y con paciencia, hay que decirlo.

JUEZ: (*Le mira fijamente.*) Sólo tengo tu palabra de lo que me cuentas. (*Señalando la prensa.*) No he visto ahí el menor indicio. Algo habrían dejado caer.

EZEQUIEL: (*Con fatiga.*) No quieres escucharme... ¿Quieres pruebas?

JUEZ: Me gustaría contrastar lo que dices.

EZEQUIEL: Dices que cazarás con el rey la semana próxima.

JUEZ: En efecto.

EZEQUIEL: El rey te contesta siempre las llamadas...

JUEZ: Soy de los pocos, en este país, que tiene ese privilegio.

EZEQUIEL: Muy bien. Llámale.

JUEZ: ¿Que le llame? ¿Para qué?

EZEQUIEL: Pongamos que... para ver si responde.
(*El JUEZ duda, se debate. Finalmente desiste.*) Lo siento, Anselmo. Aunque me alegro de que sigas confiando en mí.

JUEZ: (*Abatido.*) ¿Tengo otra opción?

EZEQUIEL: (*Animándole.*) Me atrevo a suponer que empezabas a estar harto de tanta publicidad.

JUEZ: (*Neutro.*) Es muy posible.

EZEQUIEL: Hay otro aspecto que no sé si valoras. Ya no habrá peligro.

JUEZ: ¿Peligro?

EZEQUIEL: El Poder es siempre peligroso. Se barajan tantos intereses. (*Cauto.*) El atentado...

JUEZ: (*Comprendiendo.*) Lo más interesante viene ahora, ¿eh?

EZEQUIEL: Voy a hacerte una pregunta, a ver si sabes contestármela.

JUEZ: (*Irritado.*) ¿Qué te crees que soy, un catecúmeno?

EZEQUIEL: (*Sin hacerle caso.*) ¿Sabrías trazar la línea, la nítida frontera, entre nuestro democrático estado de derecho y sus enemigos de siempre, los de toda la vida, supuestamente los que han atentado contra ti?

JUEZ: (*Que le ha llamado la atención el adverbio.*) ¿Supuestamente?

EZEQUIEL: Responde.

JUEZ: Los buenos y los malos, para entendernos.

EZEQUIEL: *(Con sonrisa.)* Perfecto. Pero, a veces, los buenos no son tan buenos, aunque los malos sigan siendo malos. ¿Me sigues?

JUEZ: Muy interesante. ¿Qué viene a continuación?
¿Las cloacas del estado?

EZEQUIEL: Una triste necesidad. Yo, debido a mi trabajo, me he visto en la necesidad de... hum... frecuentarlas. Para defender el orden constitucional, naturalmente, y de paso a ti, querido juez Sepúlveda. Nunca te he querido aburrir con los detalles.

JUEZ: Ahora mismo, me estoy aburriendo soberanamente.

EZEQUIEL: Allí, en las cloacas, que por cierto, son limpiísimas y están enmoquetadas, hay individuos... peculiares. Los cuales mantienen relaciones al máximo nivel y, paralelamente, con quienes el vulgo denomina chusma, delincuentes... terroristas. No te digo que, unos y otros, brinden todos los días con champán. Pero, bueno, te sorprenderías de saber las relaciones cordiales que mantienen.

JUEZ: *(Le contempla atónito unos segundos.)*
¿Quieres decir que mi atentado...? *(Suelta una carcajada. Se pone en pie.)* ¡Vamos, Ezequiel...!

EZEQUIEL: Bienvenido al mundo real.

JUEZ: (*Agitado.*) Ese mundo de conspiraciones y sombras, poblado de indeseables y sicarios, no voy a negar que exista. Pero, de ser así...

EZEQUIEL: De ser así, ¿qué?

JUEZ: Viviríamos en un mundo espantoso, desbocado.

EZEQUIEL: (*Remedándole.*) Vivimos en un mundo espantoso, desbocado.

JUEZ: ¡Paparruchas! (*Le da la espalda, muy alterado.*)

EZEQUIEL: Sabes que tengo razón. Entre los enemigos que te has granjeado a lo largo de tu carrera, acuérdate de Manzano y sus colegas, y los amigos, los llamaremos así, que, por distintas razones, desearían perderte de vista, se te presenta una perspectiva nada halagüeña. (*Suave.*) Anselmo, te están dando una oportunidad. Las reglas que tú conoces no son "todas" (*recalca esta palabra*) las reglas. Lo que te estoy contando es para que te hagas, al menos, una idea de lo que ocurre y no cometas ninguna tontería. No tengo claro si el atentado ha sido un aviso, o si realmente iban a por ti. Pero créeme: no hay diferencia. Lo inteligente es que sigas el guión que yo te dicte, que, a su vez, me dictan otros. Te hablo con toda la franqueza de que soy capaz. Ésta es tu

hoja de ruta. *(Recitando.)* Te encuentras en tu casa, recuperándote anímicamente del atentado. Dentro de unos días, anunciarás que te apartas de la carrera por una temporada. Todo el mundo lo comprenderá. Son muchos los años que has pasado al servicio del país. Esa temporada se convertirá en indefinida. Tu vida se convertirá en un remanso de paz y de armonía, aunque no debes olvidar jamás que seguirás encontrándote en el ojo del huracán, y que dependerá de tu comportamiento el que no sufras consecuencias indeseadas, como aquel desdichado asunto del asalto a tu casa, con el que te dieron la primera advertencia seria, y que ignoro hasta qué punto supiste advertir. Bien es cierto que te noté más retraído, o quizá fuera cautela... De tarde en tarde, acudirás a televisiones y tertulias, donde hablarás de generalidades, como el que está por encima de la brega diaria. Es prácticamente seguro que te concedan algún premio. A la fidelidad, a la concordia, a alguna de esas zarandajas... *(Pausa.)* No hay otra posibilidad, Anselmo, créeme. Ha llegado el momento de que disfrutes de tu ático.

JUEZ: *(Después de reflexionar.)* ¿Qué garantías tengo de que será como dices?

EZEQUIEL: Para estos asuntos nunca existen garantías. Bueno, tienes una garantía modesta, insignificante, que soy yo. Ah, otra pequeña cuestión.

Adela, el asunto de las cartas... Nada ya de que preocuparse. El emprendedor individuo que buscaba obtener su ilícita ganancia ha sido... digamos convencido de que abandone su intención. El receptor de las misivas ha corrido igual suerte... *(Mueve conmisericordias la cabeza.)* ¿No te dije que no somos nadie? “Vuelve el polvo al polvo”, etcétera.

(El JUEZ se ha puesto intensamente pálido. Se sienta.)

(Entra ADELA. El JUEZ hace un esfuerzo por mostrarse normal.)

ADELA: Buenos días...

EZEQUIEL: Buenos días. *(Al JUEZ.)* Debo irme. Me quedan algunas minucias por resolver. Reflexiona sobre lo que hemos comentado.

ADELA: *(Deteniéndole.)* ¿Algo importante?

EZEQUIEL: El juez se lo dirá.

ADELA: El juez... Qué ceremonioso es usted, Ezequiel. Quédese un minuto, o voy a pensar que me rehúye.

EZEQUIEL: Nada de eso. Le recomendaba a su marido un descanso... prolongado.

ADELA: Anselmo es incapaz. No sabría qué hacer.

EZEQUIEL: Llega un momento en que hay que cambiar de hábitos. Se hace estrictamente necesario.

ADELA: ¿Y usted, Ezequiel?

EZEQUIEL: ¿Yo, señora...?

ADELA: ¿Va a descansar también?

EZEQUIEL: Si su marido me hace caso (*le lanza una mirada prevenida*), intentaré imitarle. Ahora, con permiso... (*Inclina la cabeza hacia ADELA y desaparece.*)

ADELA: ¿Has dormido algo?

JUEZ: No mucho. Pero he reflexionado. Siempre pienso mejor de noche.

ADELA: A mí me pasa al revés. Lo que pienso de noche me parece descabellado por el día.

JUEZ: Diferencia de temperamentos.

(*Se hace un silencio.*)

ADELA: ¿Qué vas a hacer, Anselmo?

JUEZ: (*Sobresaltado.*) ¿Qué voy a hacer? ¿Sobre qué?

ADELA: ¿Vas a dejarlo todo, como dice Ezequiel?

JUEZ: (*Alarmado.*) Has estado escuchando...

ADELA: (*En broma.*) Pues claro. Es lo que hacemos las esposas. Registrar los bolsillos o descubrir un pelo,

Javier Rey de Sola - reydesola.com
Javier Rey de Sola - reydesola.com
largo y rubio, en la solapa. (*Seria.*) Puedes estar tranquilo.
No he oído nada. Tus terribles secretos siguen a salvo. (*Se sienta.*) ¿Te vas a tomar realmente ese descanso?

JUEZ: Puede.

ADELA: ¿Y yo? *Rey de Sola - reydesola.com*

JUEZ: ¿Tú, qué?

ADELA: Que si vas a descansar también de mí.

JUEZ: ¡Adela!

ADELA: Sé que te ha rondado por la cabeza. ¿Sabes?
Yo también lo había considerado. Pero ahora que, quizá, es inminente...

JUEZ: Estás completamente equivocada. (*Evasivo.*)
Sólo necesito ordenar mis pensamientos. Es posible que me retire unas semanas a la costa. El último periodo ha sido agotador. Tiene razón Ezequiel.

ADELA: Ezequiel siempre tiene razón.

(*Se miran intensamente. Entra CLARA.*)

CLARA: Buenos días. ¿Interrumpo? Ya veo que sí...
(*Da media vuelta.*)

ADELA: No te vayas. No hablábamos de nada serio.

CLARA: He tenido la impresión de que sí. *Javier Rey de Sola - reydesola.com*

JUEZ: Quédate.

CLARA: Ya que me lo permitís, os hago caso. (Se sienta. Mira a sus pies los periódicos.) ¡Qué barbaridad! ¿Esto es trabajo?

JUEZ: (Sonriente.) Más o menos.

ADELA: Anselmo se retira.

CLARA: (Sorprendida.) ¿Cómo?

ADELA: Se va a retirar al ático en la costa. (Sarcástica.) Hasta que ordene sus aparatosos pensamientos.

CLARA: (Al JUEZ.) Yo también he pensado que debías hacerlo. Pero no me correspondía decírtelo.

ADELA: No sólo se retira. También nos separamos.

(Sensación de CLARA. Entra MARTINA, para retirar la parte del servicio usado.)

MARTINA: (Señalando los periódicos. Al JUEZ.) ¿Recojo esto, señor?

JUEZ: Luego.

(MARTINA se va.)

JUEZ: Adela me ha interpretado mal. Sólo necesito volver a encontrarme. Saber quién soy. Han sido unos años

muy intensos. Demasiado ruido, demasiada confusión, como dice Shakespeare. *(Un poco fatuo.)* Intentaré escribir.

ADELA: Si ni siquiera sabes redactar. Tus autos los escribe Ezequiel.

JUEZ: *(Algo dolido.)* Gracias. Es bueno que le recuerden a uno sus limitaciones.

(Un silencio.)

CLARA: Mañana me marcho.

JUEZ: *(Sorprendido.)* ¡Mañana!

CLARA: Me hubiera ido antes, pero no quise dejaros solos después de... *(Con sonrisa.)* Aunque no he servido de demasiada ayuda.

JUEZ: Hemos abusado de tu amabilidad.

(Otro silencio, que se vuelve incómodo.)

CLARA: *(Forzada.)* Voy a ver si Martina me ha planchado un vestido...

(La detiene el sonido del teléfono. Contesta el JUEZ, que escucha sin decir palabra, apenas algún monosílabo. Al colgar, permanece un instante ensimismado.)

JUEZ: Era Ezequiel...

ADELA: ¿Qué quería?

JUEZ: *(Sin responder de inmediato. Reaccionando.)*

Excelente colaborador y gran amigo. De los pocos que me van quedando. Espero que, en mi nueva etapa, siga estando a mi lado de algún modo. *(Mira a CLARA, que se turba.)* ¿Te ocurre algo, Clara? *(Ella sacude la cabeza. El JUEZ prosigue.)* Hace una semana, como todos sabemos, sufrí una terrible y desdichada experiencia. No se la recomiendo a nadie. Un fogonazo y, en seguida, humo, fuego, confusión. Gritos, muchos gritos. De entrada, el único sentimiento es de extrañeza...

ADELA: *(Impaciente.)* ¿A dónde quieres ir a parar?

JUEZ: *(Sin hacerla caso.)* Sólo después, hace su aparición el miedo. Se da uno cuenta, nítidamente, con absoluta claridad, de que podía haber muerto. Pasar de la existencia al vacío sin enterarse. Perplejidad. ¿Por qué han tenido que hacerme esto a mí? ¿Tan malo soy? ¿Tan peligroso? La persona no se hace mejor después de un atentado, os lo aseguro. Surge el rencor. Quién sabe si, después de mucho, mucho tiempo, el espíritu se va tranquilizando. Yo, todavía, no lo sé. *(Sin retórica ya.)* Ezequiel acaba de tener acceso a determinados pormenores de la investigación...

CLARA: ¿Han detenido a los culpables?

JUEZ: *(Sonriendo.)* Es lo que todos deseamos, ¿no?

ADELA: No soporto ese tono, Anselmo. Habla claro.

CLARA: ¿Qué te ha dicho?

JUEZ: Lo que me ha dicho me llena de tristeza. *(Efectivamente, se le nota decepcionado y abatido.)* Acaba de informarme de que, a lo largo del último periodo, curiosamente coincidente *(a CLARA)* con tu presencia en nuestro hogar, ha existido una comunicación, constante, permanente, entre ese teléfono que acabo de colgar *(lo señala)* y el jefe de la célula terrorista que quiso enviarme, anticipadamente, hacia un mundo mejor. *(Con gran dureza. A ella.)* ¿Qué tienes que decir a eso?

CLARA: *(Tapándose la boca, horrorizada.)*
¡Anselmo...!

JUEZ: *(Golpeándose el pecho con el pulgar de la derecha. Brutal.)* ¡Sí, Anselmo! ¡El marido de tu amiga es el que te hace la pregunta! ¡Contesta!

CLARA: ¡Anselmo...! ¿Cómo es posible...? ¿Cómo puedes llegar siquiera a pensar que yo...? Precisamente yo...

JUEZ: *(Implacable.)* ¿Por qué lo has hecho? ¿Por dinero? ¿O eres partidaria de la Gran Causa que defienden esas ratas?

CLARA: *(Llora.)* ¡Anselmo...! Lo que dices... que hayas podido pensar... que yo... ¡Daría mi vida por ti!

¡Haría por ti lo que me pidieras! ¡Yo te amo! ¿Lo entiendes? ¡Te amo! ¡Lo sabe Adela, pregúntaselo, ella lo sabe...! *(Se derrumba sollozando en el sofá.)*

(El JUEZ queda anonadado. Se da cuenta de que ha sido tremendamente injusto.)

JUEZ: *(Muy compungido.)* Clara...

CLARA: *(Sigue llorando.)* Déjame, no me hables... no me digas nada... Me iré... Hoy mismo... No volverás a verme...

JUEZ: Clara, perdóname... No sé cómo he podido decir eso... *(Pausa.)* Pero Ezequiel me ha asegurado...

CLARA: *(Alza hacia él su húmedo rostro. Con mansedumbre.)* Y le has creído... Es normal, le debes tanto... Mientras que yo sólo soy la amiga de tu mujer, frívola y coqueta, y sin ningún valor en especial... Pero no te culpo... Eres tú quien tiene que perdonarme... Sé que no eres perfecto... Tampoco lo soy yo... ¡Pero te quiero! Ahora soy libre de decírtelo. Ahora que me marcho para siempre...

ADELA: *(Que ha asistido a la escena con repulsa. Se pone en pie.)* Lo más emocionante que he visto en mucho tiempo. Una declaración de amor en toda regla. Y su mayor mérito es que parece improvisada.

CLARA: Lo siento mucho, Adela...

ADELA: ¡Lo sientes! Por supuesto que lo sientes.

JUEZ: (*Pensando a toda prisa.*) Si Clara dice la verdad... Y si Ezequiel también la dice... (*Gira el rostro hacia su mujer. Le imita CLARA.*)

ADELA: (*Con frescura.*) Vas a creer a todo el mundo antes que a tu esposa... Pero no te preocupes, no te lo echo en cara. Me preguntaba cuánto tardarías en atar cabos. (*La amiga y él, estupefactos. Evocadora.*) Te he querido mucho, Anselmo. Me casé contigo, hace tanto que parece un sueño, porque te admiraba. Para una mujer, la admiración es, casi siempre, el camino del amor. Te vi triunfar y que arrollabas a todos a tu paso. Nadie se te oponía ni te hacía sombra. Sentí el orgullo de que mi marido fuera el mejor, el más fuerte, el más valiente. El mundo te aclamó. Pero debiste de poner en peligro a algo o a alguien. Uno de esos intereses que resultan intocables. O serían tus métodos tan personales. Volviste de viaje y te encontraste con que habían allanado tu casa. Conmigo dentro, no lo olvides. No me hicieron daño, eso te dije. Estaba segura de que localizarías a los autores y te vengarías de ellos. Efectivamente, fueron detenidos. Lo que no pude explicarme fue que les dejaras libres. Falta de pruebas, dijiste. No sirvió de nada que yo les identificara sin lugar a dudas. Me aseguraste que era lo mejor para mí,

para nosotros. Que olvidara. No pude. Descubrí entonces que, por primera vez, tenías miedo. Supe que te sometías. No sabía a qué o a quién, pero te vi convertido en un cobarde. (*Suplicante.*) Habría entendido tu falta de valor, te habría seguido queriendo. Lo que no pude comprender fue que me vendieras. Porque eso fue lo que hiciste: venderme. (*Rotunda.*) ¿Tanto pavor tenías? ¿Tanto, que te impedía defenderme? (*Se domina.*) Comenzaste a nadar a favor de la corriente, con mucho ruido, eso sí, con mucho chapoteo, con ordeno y mando... pero a favor de la corriente. Eres de los poquísimos que tiene el teléfono privado del rey. Cazas con él. Bebes con él y hacéis juntos lo que os da la gana... (*Hace una pausa. Lo siguiente lo dice con calma, como paladeándolo.*) Yo fui, sí, tu mujer, quien proporcionó la información para tu atentado. El lugar donde estarías, la hora...

CLARA: ¡Qué horror!

ADELA: (*Con rabia.*) ¡Sí, qué horror! ¡Pero no hice nada que él, mi marido, no hubiera hecho antes! (*A él.*) ¡Hice lo mismo que tú: nadar a favor de la corriente! Descubrí que era fácil. Y cómodo. (*En tono más bajo.*) No sospechaste, tampoco yo me atreví a decírtelo, ni se lo conté a la policía, me dio tantísima vergüenza, lo que pasó cuando entraron en casa, lo que me hicieron... Me fotografiaron, me filmaron... ¡Después me hicieron

chantaje! (*Desgarrada.*) ¿Has visto las fotos? ¿Las has visto? ¡Yo sí! ¡Y recuerdo, detalle por detalle, todo el rato que pasé con ellos, lo que me obligaron a hacer, el uno, el otro...! ¡Y tú, después, no hiciste nada! (*A CLARA.*) Éste era el verdadero chantaje. ¿Te creíste lo de las cartas? No has sido la única. También Ezequiel, tan listo que es, se lo ha comido con patatas. (*A su marido.*) ¿Que cómo lo sé? Se me da bien escuchar detrás de las puertas. También sé lo que le habéis hecho al pobre Pedro. (*A su amiga.*) Se lo han llevado por delante, Clara. Obra de tu admirado Anselmo. Confieso que no me importa demasiado. Era capricho. Por cierto: él y yo nos acostamos muchas veces.

CLARA: (*Totalmente abrumada.*) Dios mío...

JUEZ: (*Balbucente.*) Yo... no sabía... Lo ignoraba... ¿Por qué no me lo contaste...? No podía suponer...

ADELA: Por supuesto que no. (*Risa histérica.*) Ya qué más da...

JUEZ: (*Confesándose.*) Es verdad que tuve miedo... Y quise protegerte... Creí que, si les dejaba marchar, no volverían a ocuparse de nosotros... Soy un cobarde, no lo niego... Pero también es cierto que te quiero. Había pensado separarme, divorciarme de ti... Ya ves que no lo oculto. (*Con dolor.*) Y cuando has dicho que tú... que diste indicaciones para que me mataran...

ADELA: ¡Yo fui, sí!

JUEZ: *(Se arrodilla. Intenta aferrar sus manos, pero ella las aparta.)* ¡No me importa! ¡Te lo perdono! ¡Mil veces que lo hicieras, te lo volvería a perdonar!

ADELA: *(Con desprecio.)* Eres un perdedor, Anselmo. Lo que siempre has aborrecido.

JUEZ: ¡Pero te quiero!

ADELA: No, no me quieres. Lo que te ocurre es que no te atreves a estar solo. Será para ti una experiencia nueva. Te vendrá bien. Aunque puede que no lo aguantes y te quites de en medio. Sería el final perfecto.

CLARA: ¡Déjale en paz!

JUEZ: *(Alzándose.)* Adela, si todavía hay alguna posibilidad...

ADELA: Me marchó, Anselmo.

JUEZ: ¿A dónde?

ADELA: A donde pueda respirar.

CLARA: *(Se pone en pie.)* Nunca podrás olvidar. Lo que has hecho es demasiado horrible.

ADELA: Es precisamente lo que busco. No olvidar. *(Dura. A su marido.)* Y deseo fervientemente que tú tampoco olvides.

CLARA: *(AL JUEZ.)* Yo te ayudaré. Conmigo podrás.

ADELA: *(A ella.)* ¿No ves, infeliz, que no te quiere?

CLARA: *(Enfrentándola.)* Y a mí, ¿por qué me odias?

ADELA: ¿Me hace falta un motivo especial? Pero sí: te odio. Odio todo lo que tenga que ver con la vida que he llevado. No quiero volver a verlos a ninguno de los dos.

CLARA: (A él.) Anselmo... Ya sé que tú... ya sé que no me quieres... al menos de momento...

ADELA: No te querrá nunca. Nada parecido a lo que todavía siente por mí.

CLARA: (Dolida por el comentario.) ¿No te cansas de hacer daño? (A él.) No me importa que no me quieras... Sólo deseo estar cerca de ti. (ADELA lanza un bufido.)

JUEZ: Eres muy buena, Clara. Pero a mi lado no hay futuro. Te tengo la suficiente estima como para no aceptar tu sacrificio.

CLARA: ¡No sería un sacrificio! Te he querido siempre. Déjame que te acompañe. A donde sea. A donde tú quieras. (A la desesperada.) No te seré gravosa. Tengo dinero...

JUEZ: (Conmovido.) Clara...

ADELA: Qué tierno. (En otro tono.) Estoy a punto de vomitar.

CLARA: ¡No la escuches! ¡No la necesitas para nada!

ADELA: (Letal.) Me necesita... pero no me tendrá.

(CLARA intenta abofetearla. ADELA se cubre. Forcejean.)

JUEZ: *(Separándolas.) ¡Basta!*

(Quedan ellas mirándose desafiantes. Llamam a la puerta. MARTINA cruza el salón, notando aprensiva que algo sucede Entra EZEQUIEL. Aquélla vuelve a desaparecer.)

JUEZ: Entra, Ezequiel. Me alegro de que estemos reunidos los interesados. Como se dice en las películas, el juego ha terminado.

EZEQUIEL: ¿Podemos hablar un instante a solas?

JUEZ: Se acabaron los secretos. Cualquier cosa que se diga, la oiremos todos. *(Apunta a ADELA.)* Era ella la que transmitió la información.

EZEQUIEL: Acabo de saberlo *(La mira con gran curiosidad.)*

JUEZ: *(Ponderativo.)* Me temo que, llegados a donde hemos llegado, sólo me queda una salida... *(Parece nimbarse de un nuevo carisma o aureola.)*

ADELA: *(Inquieta.)* ¿Qué vas a hacer?

JUEZ: Recuperar mi propia dignidad... o lo que quede de ella. *(Camina hacia el teléfono. EZEQUIEL hace un movimiento como si fuera a interceptarlo. La firme mirada del JUEZ lo para en seco. Éste marca un número y*

aguarda.) ¿El Fiscal General del Estado...? (Sensación general. Con ligereza.) Yo mismo, Anselmo... Estupendamente... Te manda recuerdos... Para tu esposa, igualmente... Estoy de acuerdo, nos tendríamos que ver más... ¿Te sorprende mi llamada? (Ríe.) No lo tenía pensado, pero las circunstancias mandan... Te llamo para adelantarte una cuestión... Luego me acerco a completarla, pero quiero de entrada... Una declaración... sí... Con toda solemnidad, al Fiscal General del Estado... (Los demás se inmutan. Dictando.) Yo, el juez de la Audiencia Nacional, Anselmo Sepúlveda, etcétera, presento voluntariamente declaración y me autoinculpo de los siguientes procedimientos irregulares y delitos... en tu despacho te hago la relación detallada..., de los cuales delitos, etcétera, me hago único y exclusivo responsable... No, querido Fiscal, no es una broma, te lo aseguro... Nadie me amenaza, tampoco... Pasaré por ahí en el curso de la mañana... (Mira significativamente a EZEQUIEL, que no mueve un músculo.) No tengo el propósito de acusar a nadie más... Asumiré toda la responsabilidad... No, lo siento, te ruego que no insistas... Te daré en persona todo género de detalles, hasta donde pueda... (Larga pausa.) ¿Que por qué lo hago...? Digamos que me ha surgido un brote de conciencia... (Otra pausa.) Yo también lo lamento... Guardaré de ti el mejor recuerdo... ¿Has tomado

nota por encima...? Gracias... En una o dos horas... Allí estaré... Lo entiendo... Llevaré lo indispensable... Te estoy enormemente agradecido... Hasta dentro de un rato...
(Cuelga.)

(Impactados todos. ADELA le mira con odio. CLARA, profundamente consternada. EZEQUIEL continúa estático.)

ADELA: Eres un imbécil.

JUEZ: *(Que parece que se ha quitado un peso de encima.)* Sin la menor duda, querida.

(A EZEQUIEL.) En seguida, me llevarás donde el Fiscal. Puedes estar tranquilo en lo que a ti respecta.

EZEQUIEL: *(Con mezcla de admiración y pasmo.)* ¿Puedo preguntarte cuándo has decidido esto?

JUEZ: Hace apenas unos minutos.

EZEQUIEL: Irás a la cárcel.

JUEZ: Con toda seguridad.

EZEQUIEL: *(Tras una pausa.)* ¿Y no vas a inculpar a nadie más? ¿En serio?

JUEZ: Tienes mi palabra.

(Ninguno de los tres es capaz de apartar de él su mirada.)

ADELA: (*Dura, seca.*) ¿Te has parado a pensar cómo vas a dejarme? ¿O estás tan satisfecho de ti mismo que no tienes espacio para más?

JUEZ: Si pudiera evitarte lo que viene, lo haría. Míralo por el lado bueno. Te verás libre de mí. Podrás divorciarte. Nadie se atreverá a molestarte. No te faltará el dinero. Ezequiel te pondrá al corriente de todo. (*A CLARA.*) Tenía que hacerlo. ¿Lo comprendes? (*Ella asiente. Su barbilla tiembla, intentando no llorar. La besa en la mejilla.*) Tú me has dado la fuerza para hacerlo.

CLARA: (*Amorosa, vehemente.*) ¡Te esperaré!

JUEZ: (*Sonriente.*) Será mucho...

CLARA: ¡No me importa!

(*Mientras mantienen este diálogo, EZEQUIEL ha maniobrado hasta situarse a la derecha del JUEZ. Cruza mirada con ADELA. Saca una pistola del bolsillo interior de su americana y dispara al JUEZ a la sien, prácticamente a quemarropa. Éste cae. Grito desgarrador de CLARA. EZEQUIEL la dispara también a ella, que se desploma sobre el magistrado. Sin pérdida de tiempo, EZEQUIEL limpia del arma sus propias huellas y, apartando sin miramientos el cuerpo de la otra, coloca la pistola en la diestra del JUEZ. Se yergue rápidamente y, en ese*

Javier Rey de Sola - reydesola.com
momento, entra MARTINA, que ahoga un grito al contemplar la escena.)

Javier Rey de Sola - reydesola.com
EZEQUIEL: (A ella.) Terrible, no hemos podido impedirlo... Ha sido tan rápido... La disparó a ella y luego se pegó un tiro él mismo... (Mira fijamente a ADELA.)

ADELA: Sí, tan rápido... Delante de nosotros... Horroroso...

EZEQUIEL: (Se dirige al teléfono.) No toquéis nada. Llamaré a la policía. Imposible entender lo que ha ocurrido...

Javier Rey de Sola - reydesola.com
(Ellas, rígidas e inmóviles mientras el otro marca.)

TELÓN